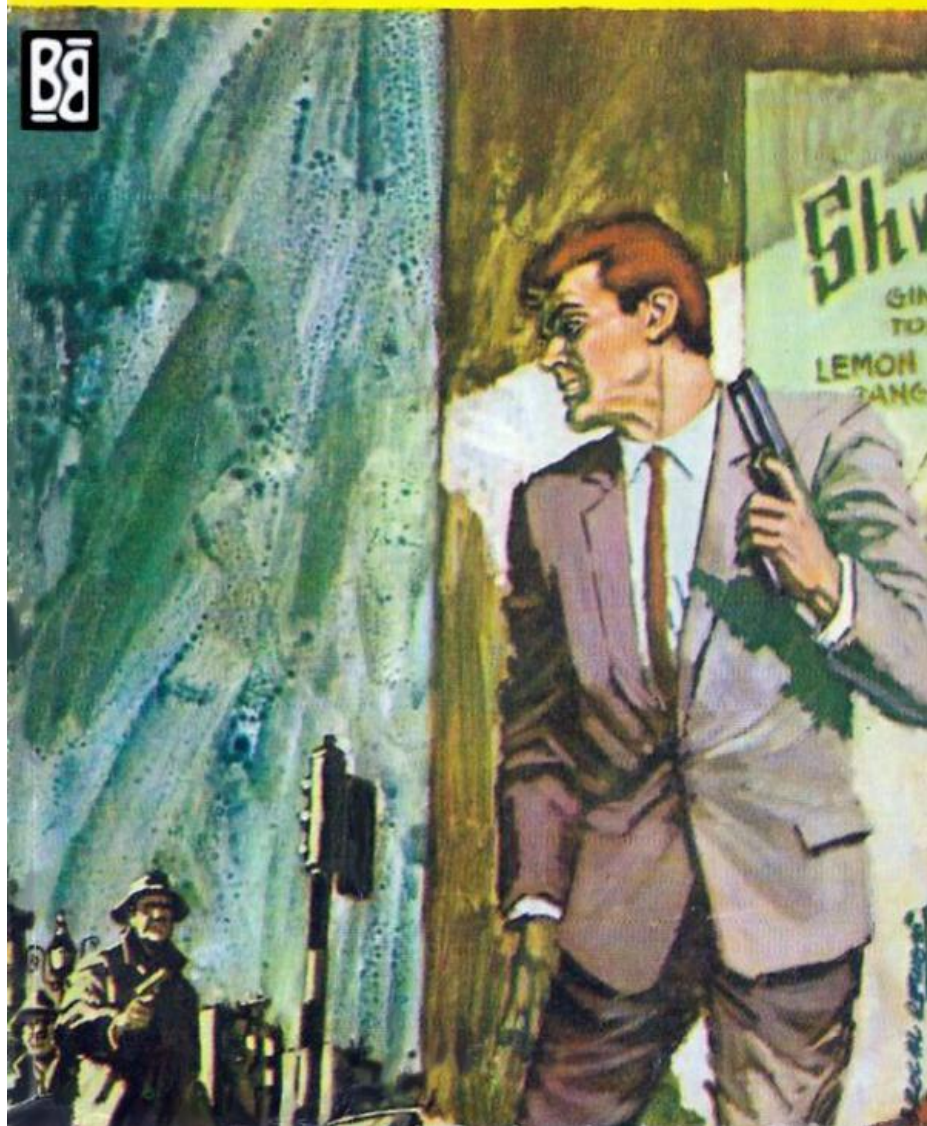


PUNTO
ROJO

para nosotros, muerte

burton hare

B&B



PARA NOSOTROS, MUERTE



BURTON HARE



PARA NOSOTROS, MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 187
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 25594 - 1965

Impreso en España - Printed in Spain.

1.ª edición: noviembre 1965

(C) BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

(C) FRANCISCO BROCAL - 1965
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6.180/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

185 — La danza de la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

795 — La muerte es un buen negocio.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

85 — Proceso de terror.

CAPÍTULO PRIMERO

Eran más de las dos de la madrugada cuando el dueño del bar decidió que ya me había aguantado bastante.

—Voy a cerrar, amigo —gruñó—. Termine con ese *whisky* y lárguese.

Yo era el único cliente que quedaba en todo el establecimiento. No encontré ánimo suficiente para discutir con el tipo, así que engullí lo que quedaba en el vaso y me deslicé fuera del taburete.

Hubo cierta conmoción bajo mis pies, como si el suelo oscilara arriba y abajo. Necesité apoyarme en la barra para conservar el equilibrio. Eso hizo que el suelo dejara de moverse.

El hombre del mostrador comentó:

—Otro trago y caerá usted como un fardo. ¿Por qué no se marcha a la cama de una vez?

Anduve a trompicones hasta la salida. La calle estaba desierta y maldito si recordaba qué lugar era aquel. Estaba plantado allí tratando de decidir qué rumbo debía tomar, cuando a mis espaldas sonó el ruido del cierre metálico y las luces del bar se extinguieron, dejándome en sombras.

Bueno, era una de tantas noches turbias de alcohol y de recuerdos. Grises jirones de niebla flotaban a baja altura como sucios sudarios. La humedad que había impregnado el aire se resolvió entonces en pequeñas gotas de lluvia que se estrellaron contra mi cara.

Eso me decidió a alejarme de aquel inhóspito barrio.

Un sordo retumbar laceraba mi cráneo, como si en lugar de cerebro tuviera una máquina de vapor a toda presión. Me sentía peor que nunca y eso me hizo pensar que necesitaba un trago para entonarme.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que doblé aquella esquina y descubrí la muestra de un bar de esos que no cierran en toda la noche. Estaba empapado, la lluvia arreciaba y a cada segundo encontraba más dificultades para mantenerme de pie, así que anduve hacia la luz dando tumbos igual que un corcho sacudido por una galerna. Las luces que se desparramaban sobre la acera con colores de vómito me acogieron cuando empujé las puertas, sacudiéndome con una vaharada de aire caliente.

El siguiente problema consistió en encaramarme a un taburete sin rodar

por el suelo, pero lo conseguí y me encontré mirando la cara del mozo, que lucía una expresión de disgusto.

—*Whisky* —pedí—. Doble.

—¿Seguro que podrás tragarlo sin reventar?

—¡Doble!

Se encogió de hombros y me sirvió el licor, depositando una botella de soda junto al vaso. La aparté a un lado y probé el *whisky*. No supe si era bueno o no, pero ardió en mis entrañas y a fin de cuentas eso era lo que yo esperaba de él.

Entonces se abrió la puerta y entró una mujer. Calculé que su estado era más o menos parecido al mío, pero hacía esfuerzos tremendos para disimularlo y mantener la vertical sobre sus tacones de cuatro pulgadas.

Era bonita, demasiado para encontrarse en semejante estado. Incluso con su maquillaje deshecho y el revuelto cabello, quedaba en ella suficiente encanto como para infundir cálidas ideas en la mente de un borracho. Sus facciones eran armoniosas, suaves, con unos labios gordezuelos y unos ojos inmensos en los que, en otras circunstancias, uno podría haberse sumergido para ver las profundidades ardientes de sus sentimientos.

Vino a acomodarse en el taburete contiguo al mío, aunque no me dirigió ni una mirada. Dejé de mirarla para ocuparme de mi *whisky*.

Por el espejo que había al otro lado del mostrador, contemplé cómo el mozo le servía un doble del mismo veneno que me había escanciado a mí.

No fue hasta que hubo tragado la mitad que volvió su rostro y sus ojos tropezaron con los míos a través del espejo. Aproveché para mirarla directamente.

—Hola —dije con voz pastosa—. Aquí no hace falta que nadie nos presente. Me llamo Jeff.

Sonrió de manera vacilante.

—Yo... Verenice.

Levanté el vaso y exclamé:

—A su salud, Verenice.

Bebimos y yo engullí la última gota. Ella dijo:

—Está usted peor cae yo.

—Bueno, empiezo a sentirme en forma.

—¿Le gusta beber?

Atónito, me encogí de hombros.

—No lo sé; bebo y eso es todo...

—Sí, eso debe ser cierto... se bebe sin preocuparse de nada más... lo importante es beber y beber...

Su voz se quebró y buscó consuelo en el vaso, pero en sus hermosos ojos chispearon unas lágrimas que contuvo a dures penas.

Pedí otros vasos para los dos. El mozo rezongó su desaprobación, pero

acabó por servir el *whisky* en los mismos que ya teníamos delante.

Intenté coordinar las ideas, pero mi mente semejaba el encerado de una escuela después de haber sido limpiado por el alumno más aplicado. Ella murmuró:

—Temo que va a darme llorona...

—Bueno, dígase a sí misma que quiere reír y divertirse y todo irá bien.

—¿Le da resultado a usted?

—No.

—Ya lo imaginaba.

Pareció olvidarse de mí y quedó con la mirada clavada en su vaso. Yo tomé el mío y traté de saborear el *whisky* antes de engullirlo, pero había bebido tanto que hubiera encontrado el mismo sabor si hubiese tragado vitriolo.

Como si hablara con su vaso, murmuró:

—¿Siempre está usted tan bebido?

—Casi. Es una especie de estado natural.

—¿Por qué?

—¿Por qué bebo, quiere decir?

—Sí.

—Ahora debería hacer un chiste y decirle que para olvidar y... Dejémoslo. No importa. Yo podría preguntarle lo mismo.

—Esta es la primera vez. Necesitaba aturdirme...

—Lo está consiguiendo.

—Pero todo sigue igual.

—Eso me sucedía a mí al principio... Oiga, ¿por qué le estoy hablando del principio?

—No lo sé.

—Hace mucho tiempo. Entonces creía que bebiendo uno puede borrar cualquier cosa de su mente.

—¿Y no es cierto?

—No. Siempre quedan los recuerdos. Vuelven una y otra vez, y entonces hay que volver a beber, y eso se convierte en un círculo vicioso y acaba uno por beber lisa y llanamente porque se ha convertido en una necesidad y... Al diablo, cierre el pico, hermana.

—Es usted quien habla.

Hice una seña al mozo y apuré el *whisky*. Lo sirvió de mala gana y se retiró a un extremo del mostrador, fastidiado por nuestra presencia.

Al cabo de unos instantes ella indagó, cada vez más ebria:

—Creo que no me he sentido peor en toda mi vida... ¿Vive usted solo?

—Sí, desde que... Desde hace dos años. ¿Y qué le importa a nadie?

Se encogió de hombros y otra vez tomó el vaso y se entretuvo en vaciarlo a pequeños sorbos, pensativa y triste. Cuando lo dejó se bamboleó sobre el taburete a punto de caer de espaldas. Consiguió aferrarse a la

barra, esforzándose por inclinarse hacia adelante y así se sostuvo de milagro.

—¡Mozo! —llamó, mostrándole el vaso vacío.

El tipo se acercó.

—Eso es todo lo que voy a servirle por esta noche —gruñó—. Y lo mismo le digo a usted, amigo. No quiero tener que recogerlos del suelo con la pala de la basura.

—Alguien debería enseñarte modales —dije—. ¡Llena los vasos otra vez, palurdo!

—Ya tienen bastante. Aquí no beberán más. Luego solo acarrearán líos, así que pague y buenas noches.

Por una vez, deseé tener todas mis fuerzas para aplastarle la nariz, pero eso no pasaba de una quimera en aquellas circunstancias, así que miré a la muchacha, haciéndole un gesto de impotencia.

En mi vaso quedaba un poco de *whisky* todavía. Lo miré melancólicamente y después lo empujé hacia ella.

—Tome, bébalo como despedida de este tugurio.

Se agarró al vaso como a una tabla de salvación y lo vació sin respirar.

—Es un usted un buen chico, Jeff —tartajeó.

—Seguro.

—Deberíamos buscar otro sitio donde beber el resto de la noche.

—¿No tiene bastante todavía, nena?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco.

Se echó a reír con esa risa hueca de beodo y se deslizó fuera del taburete. Afortunadamente, pudo agarrarse a la barra con la oportunidad justa para no rodar por el suelo.

Mi estado no era mucho mejor que el suyo, pero necesité ayudarla para llegar a la puerta después de pagar al refunfuñante mozo.

Fuera seguía lloviznando. Anduvimos juntos un trecho, hasta que ella comentó:

—No vamos a encontrar ningún bar abierto, Jeff... y no conozco estas calles.

—Yo tampoco tengo idea de dónde nos encontramos... ¿De veras te llamas Verence?

—Sí.

—Me gusta.

Volvió a reír y proseguimos andando arrimados a las paredes. De repente se me ocurrió una idea.

—Yo tengo una botella en mi cueva.

—¡Es una noticia magnífica! Vamos allá... así ningún entrometido nos dirá qué podemos hacer y qué no... ¿Dónde vives?

—En Kearney...

—¿Falta mucho para llegar? —tartajeó.

—Diablos, no lo sé...

Afortunadamente, un taxi que apareció por una calle lateral solucionó el problema. Le di la dirección de mi apartamento y nos dejamos caer en el asiento trasero. Ella recostó la cabeza contra mi hombro y murmuró:

—Tú no sabes, Jeff...

—¿Qué es lo que no sé?

—Quién soy yo... de dónde vengo...

—¿Y qué importa eso?

—Nada... claro...

El viaje en taxi resultó bien. Lo malo fue llegar hasta mi cuchitril, pero cuando encendí las luces ella entró dando bandazos hasta encontrar el diván, donde se dejó caer como si al fin hubiera llegado a buen puerto.

Saqué la botella y vasos y fui a reunirme con ella.

Estuvimos trasegando licor una eternidad. Ya todo semejaba flotar a mí alrededor y eso era el preludio del apagón.

Entonces ella susurró:

—¿Crees que soy una cualquiera, Jeff?

—No lo he pensado...

—Pero, ¿lo crees?

—No...

—Tengo dinero, ¿sabes?

—Bueno...

—Y me siento sola... terriblemente sola... y tengo miedo.

—¿Miedo a la soledad?

—No...

—¿A qué?

—A...

—¿Sí?

Hizo una transición y acabó con lo que quedaba en su vaso. Eso colmó la medida. Dejóse caer contra el respaldo y cerró los ojos.

—¿Sabes? —respiró—. Estoy... borracha... completamente... borracha...

—Es todo un... descubrimiento.

Ya no volvió a hablar. Apoyé la cabeza en su hombro y también cerré los ojos. Su perfume suave y sugerente me envolvió. Todo desapareció de mi excepto su perfume. El mundo se convirtió en algo amorfo y repugnante y deseé morir.

Repentinamente, todo se esfumó y me hundí en un pegajoso abismo negro en el que no había nada. Resultó exactamente lo que necesitaba... y ya solo quedó el suave perfume.

CAPÍTULO II

Escuché el monótono rumor de la lluvia contra los cristales, a ráfagas desiguales impulsadas por el viento. No obstante, después, de comprender que estaba lloviendo todavía permanecí semiinconsciente, sumergido en un sopor que me mantenía aislado del resto del mundo.

Después, de entre las brumas que envolvían mi cerebro, emergió un sordo latido que fue creciendo y creciendo hasta convertirse en un estruendo terrible, como un trueno que no fuera a terminar jamás.

El estruendo debió despertar a los repugnantes monstruos que dormían, agazapados, en el fondo de la razón, y al instante tomaron sus herramientas formadas por recuerdos insoportables y comenzaron a barrenarme el cráneo, las sienes y el cerebro cual si quisieran taladrármelos.

Dejé escapar un largo gemido y traté de huir del rebaño de bestezuelas que me torturaban. Eso fue peor, porque al instante otros se les unieron y pronto hubo una legión empeñados en hacerme pedazos.

Seguí quejándome, creo, y un regusto amargo asaltó mi boca y las náuseas hicieron su aparición. Era un sabor hediondo que yo conocía bien y para el que solo había un remedio, pero me encontraba igual que muerto y maldito si deseaba resucitar.

Pensé que tenía que levantarme, arrastrarme igual que un gusano hasta la cocina y engullir un balde de café negro. Después de esto, correr hasta el baño y allí dar rienda suelta a las entrañas y beber galones de agua y después más café y luego la ducha y tras todo este tormento lo mejor sería que me pegase un tiro para acabar de una vez con el maldito ritual de cada mañana...

Abrí los ojos, solo para contemplar el agua que se deslizaba al otro lado de los cristales de la ventana. Era una mañana sombría, tan fúnebre como mi estado. Los demonios enfurecidos de mi cráneo barrenaban cada vez con más entusiasmo.

Descubrí que estaba tendido en el diván, cubierto por una manta. No recordaba cómo había conseguido taparme, pero eso no me preocupó en aquellos instantes.

Arrojé la manta a un lado. Necesité un siglo para levantarme y atravesar la salita dando tumbos, gimiendo como una bestia herida.

Entonces, procedente de la cocina, surgió la aparición. Me pareció tan fresca y hermosa como una sirena que viniera a sacarme del infierno en que me debatía.

—¡Jeff! —exclamó la aparición—. ¿Estás realmente tan mal como aparentas?

—Me siento morir, nena, pero no tengo ningún interés en saber qué aparento... lo único que necesito es el baño...

Me guie como una buena samaritana. Ella misma cerró la puerta dejándome solo. Cuando la volví a abrir seguía encontrándome al borde de la tumba, pero mis sentidos cobraban vida paulatinamente.

Advertí entonces que llevaba puestos los pantalones por toda indumentaria. Los pies descalzos sobre el suelo me comunicaban una agradable sensación de frescor que subía a lo largo de mi cuerpo.

Husmeé el aire siguiendo el rastro del fuerte aroma de café que lo impregnaba. Cuando entré a la cocina ella tenía una gran cafetera humeante preparada.

—¿Cómo te sientes? —murmuró la aparición.

—Peor.

—No creas que yo me encuentro mucho mejor —comentó, mientras yo llenaba un enorme tazón con café—. Pero ya me he duchado dos veces, he bebido café y el estómago ha vuelto a colocarse en su lugar...

Tragué el café, casi abrasándome la boca. Volví a llenar el tazón y a vaciarlo. Después esperé a que hiciera su efecto y aproveché para tratar de recordar lo que había sucedido la noche anterior.

Fracasé y lo dejé correr.

—¿Dónde nos conocimos? —pregunté.

—En un bar. ¿Es posible que no lo recuerdes?

—En estos momentos apenas recuerdo quién soy.

—Me llamo Verenice.

—Sí, ahora me parece que ese nombre trae algo a mí memoria... ¿Hay más café?

Llenó mi tazón. Esta vez le añadí azúcar y lo bebí a pequeños sorbos.

Me fijé en los profundos surcos que rodeaban sus bellos ojos. También advertí cuán cansada parecía. Imaginé como debía verme ella a mí y me estremecí.

—¿Quieres que te prepare el desayuno, Jeff?

Pegué un respingo, pero entonces hice otro descubrimiento.

—Es curioso —dije—. Es la primera vez que después de semejante

despertar no siento náuseas ante la sola idea de la comida.

—¡Estupendo! Soy una excelente cocinera, lo creas o no. Lo malo —murmuró con cierta amargura—, es que nunca tengo a nadie a quién demostrárselo...

—¿Vives sola?

—Sí...

Se movió de un lado a otro, preparando el jamón, los huevos y todo lo demás. Cuanto más la miraba más hermosa me parecía.

De pronto inquirí:

—¿Dónde has dormido, nena?

—En el diván.

—¿Qué? En el diván estaba yo.

—¿Y qué?

Me miró largamente. Sus ojos brillaban inusitadamente.

—¿De veras no recuerdas nada de esta noche pasada? —murmuró.

—En absoluto.

—Mejor así.

Me dio la espalda para dedicarse a la sartén.

Yo dije:

—¿También bebiste demasiado anoche?

—Igual que tú. ¿Crees que soy una alcohólica?

—No me he preocupado de pensar en eso.

—Pero, ¿lo crees?

—No. Has despertado muy pronto, y has reaccionado demasiado bien si es que estabas como yo.

—Voy a decirte algo, Jeff... Nunca me había embriagado. Fue la primera vez y no quisiera volver a pasar por esa experiencia. Lo único bueno que me ha dejado ha sido haberte conocido. Pero anoche... Bueno, había llegado al límite y creí que bebiendo ahuyentaría los fantasmas, y fracasé lamentablemente en eso. Todo sigue igual.

No respondió. Tras esto apenas si hablamos hasta después de desayunar. Entonces indagué:

—¿Dónde vives?

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé, pero quiero saberlo.

Titubeó, pero acabó por encogerse de hombros.

—En el ocho, seis, uno de *Loma Vista Road*.

—Nunca he oído nombrar esa calle...

—¿Por qué no me hablas un poco de ti, Jeff?

—Mi biografía es una página lamentable. Mejor que me hables tú, nena. ¿De qué vives, en qué trabajas?

—Preguntarle eso a una mujer es ponerla en —un aprieto la mayoría de las veces. Tengo dinero, eso es todo.

—Mucha gente tiene dinero, pero lo ha ganado de alguna manera.

—Yo no. Lo ganaron por *mí*.

—¿Quién, un marido rico?

—No existe ningún marido si es eso lo que estás tratando de averiguar.

—No es que me preocupe mucho... Espera —exclamé de repente, mirándola fijo—. Empiezo a recordar algo... ¿Fuiste tú quien me dijo en algún momento que tenía miedo?

Se turbó visiblemente. Insistí:

—Dime, ¿lo dijiste?

—Bueno, Jeff... estaba ebria...

—Yo también y no se me ocurre tener miedo por eso.

—No recuerdo lo que dije.

Se levantó y dedicó los siguientes minutos a retirar los platos de la mesa.

Busqué un cigarrillo y lo encendí. Tenía un sabor infame y lo arreglé con un trago de la botella casi vacía que todavía estaba sobre la mesita de centro.

Cuando reapareció, la muchacha murmuró sin mirarme:

—Debo irme ya, Jeff.

—¿Tan pronto? Si no hay nadie esperándote puedes quedarte todo el tiempo que quieras...

—No, Jeff. Debo estar en casa.

—¿Por qué?

—Tal vez... Bueno, debo estar allí, eso es todo.

Me levanté pesadamente. Mi estado seguía siendo malo a pesar de todo.

—¿Estás en un apuro, nena?

—No.

—¿Lo dices de veras?

Me dio la espalda y quedóse mirando la lluvia a través de los cristales.

—Qué tiempo... —suspiró.

—Comprendo —dije—. No voy a obligarte a decir lo que no deseas.

Repentinamente giró sobre los talones y se enfrentó *conmigo*.

—Jeff...

—Sí, nena.

Titubeó. Apretó los labios y desvió la mirada.

—Debo marcharme —murmuró, apartándose de mí.

Me encogí de hombros y no insistí.

La escolté hasta la puerta. Antes de abrirle dije:

—Me gustaría verte otra vez. ¿Crees que podrías arreglarlo? No siempre estoy tan asquerosamente borracho como anoche.

—No sé, Jeff...

—De todas formas, ya sabes dónde vivo. Me gustaría ayudarte si alguna vez...

—Sé lo que quieres decir.

Se empinó sobre las puntas de sus pies y sus labios presionaron los míos como despedida. Fue un beso inesperado, pero que comunicó un largo escalofrío por todo mi cuerpo. La abracé y nuestros labios siguieron unidos por un tiempo. Cuando separó los suyos, Verenice sonrió y su voz fue apenas un murmullo.

—Eso es lo único bueno y limpio que he sacado de la borrachera.

Desprendiéndose de mis brazos, abrió la puerta y se fue.

La cerré despacio, con un extraño sentimiento de ternura luchando por abrirse paso a través de la coraza que me había fabricado a lo largo de dos eternos años.

También, y desde hacía largo tiempo, me olvidé del *whisky* durante la mayor parte de la mañana. Me pregunté si alguna vez volvería a ver a mi hermosa compañera de una noche...

CAPÍTULO III

Era un cementerio pequeño, casi pueblerino. Las erectas formas de los cipreses se distinguían desde mucha distancia, y cuando entré en el último tramo de carretera los contemplé como si fueran ya viejos amigos.

Pero hube de reducir la velocidad y apartar el coche a un lado para dejar paso a la caravana de autos que venían en dirección contraria. Me chocó tal cantidad de coches de lujo, y el que fueran precedidos por dos motoristas de la policía municipal.

Pasaron por mí lado a creciente velocidad, y se perdieron al fin entre un remolino de salpicaduras arrancadas a los charcos que la lluvia había dejado en la calzada.

La blanca tapia circundaba el reino de los muertos, desbordaba por las plantas trepadoras que la coronaban de verde. Dejé el coche junto a la entrada y proseguí a pie.

El guardián apareció procedente de su garita. Una lastimosa sensación de vacío me invadió y estuve tentado de volver atrás.

El anciano inquirió:

—¿Desea visitar una tumba, señor?

—Este... sí.

—¿Sabe dónde está situada?

—Por supuesto. He estado aquí otras veces...

Se ajustó las gafas y escrutó mi cara. Sonrió con su boca de dientes amarillentos.

—Creo que le recuerdo a usted —comentó—. Tengo una memoria sorprendente para mis años...

Eché a andar, con el hombrecillo a mí lado. Los desiertos senderos olían a tierra húmeda. El césped recién lavado por la lluvia resplandecía. Aquí y allá, un monumento funerario se erguía entre la cuidada vegetación, o alguna que otra cruz de mármol tendía sus brazos abiertos como una

imploración.

Era un cementerio católico. Mildred era católica, tenía su Dios de misericordia y descansaba en la tierra que Dios había bendecido, aunque su misericordia no hubiera podido salvarla del odio de los hombres.

Noté que me fallaban las piernas. Me detuve. El hombre dijo:

—¡Kiley! Ahora recuerdo... es su esposa, ¿verdad?

Frente a mí, una sencilla lápida con su nombre y una fecha de dos años atrás, en el mismo día del mismo mes actual. Había llegado.

—Sí —murmuré.

El guardián debió recordar también el resto de circunstancias que habían concurrido en el entierro de Mildred, porque de repente giró sobre sus pies y se alejó en silencio con una expresión de sobresalto en su cara surcada de arrugas.

No recé. Había perdido la costumbre de orar. Permanecí allí, inmóvil, mirando la lápida y pensando en la mujer que reposaba bajo ella. Todo en mi interior se tambaleaba, resquebrajándose como un tronco de madera podrida, llenándome de reproches.

Hubo un momento en que pensé no poder resistirlo más y me cubrí el rostro con las manos, en un vano intento de alejar la tempestad que me zarandeaba.

Cuando reaccioné, notándome igual que si acabaran de vaciarme, me aparté de la lápida y descubrí al vejete a poca distancia, mirándome compasivamente. Cuando estuve a su lado dijo:

—Mi mujer también está enterrada aquí, cerca de la entrada, ¿sabe usted? Quizá por eso acepté este empleo.

No respondí, entre otras razones porque su mujer debió morir en su cama, rodeada de los suyos, amparada y amada hasta el final...

—Y ahora tenemos también a la esposa del alcalde —prosiguió, como si eso pudiera ser un consuelo—. Precisamente acaban de enterrarla... debe usted haberse cruzado con la comitiva de coches... Mire, ahora se retiran los operarios...

Vi a tres hombres con ropas de trabajo alejándose hacia la salida, armados de las herramientas de su oficio.

—No sabía que hubiera muerto —comenté, sacando los cigarrillos y ofreciéndole uno al guardián. Necesitaba hablar con alguien, no sentirme abandonado a los recuerdos.

—Murió ayer... Una de esas cosas repentinas, ya sabe; el corazón, según he oído comentar. Ha venido hasta el gobernador. ¿No lo ha visto usted?

—No...

—La han enterrado en el panteón familiar de ella... ¿Le gustaría verlo? Fíjese, desde aquí se distingue la entrada de hierro forjado...

Miré en la dirección que me señalaba sin ningún interés. Era un

monumento funerario de medianas proporciones, con unas columnas de alabastro flanqueando la trabajada puerta...

Distinguí una figura humana detenida delante del panteón, inmóvil, con la cabeza caída sobre el pecho.

El guardián comentó:

—Alguien que se ha retrasado... aunque es extraño. No recuerdo que haya quedado ningún coche ahí fuera.

—Es una mujer —dije.

—Ya lo veo... ¿Se ha fijado si había algún coche estacionado cuando usted ha llegado?

—No había ninguno.

—No creo que piense regresar a pie a la ciudad...

Aplasté el cigarrillo bajo el pie y me encaminé a la salida, siempre escoltado por el parlanchín hombrecillo, que murmuró:

—Todo el mundo pasa sus malos tragos, señor... incluso el alcalde Bellamy. Debió ser un terrible golpe para él, dejar a su esposa viva y alegre por la mañana, y recibir la noticia a las dos horas de que estaba muerta...

—Mucha gente muere así hoy día.

—Ya lo sé, pero es tremendo. Y con las elecciones encima... ¿sabe usted que va a presentarse para gobernador del Estado?

—¿Quién? —pregunté distraídamente.

—El alcalde Bellamy.

—No lo sabía... estoy alejado de la política local...

—Todo el mundo le votará. Es el alcalde más íntegro que hemos conocido en muchos años. Cuando recuerdo los tiempos del alcalde Farbe, con toda su estela de corrupción, vicio y crimen... Bellamy puede considerarse ya en el sillón de gobernador.

Apretó los dientes. Durante dos años había cerrado los ojos y los oídos a todo lo que fuera politiquería, negándome a leer incluso los titulares de los periódicos que hicieran referencia a ese tema.

No obstante, y por medio de un hombrecillo parlanchín, volvía a oír el nombre maldito de Farbe. Una vez más, sonaban junto a mí las palabras “elecciones”, “votación”...

Apresuré el paso. El guardián me siguió hasta la verja de salida y allí se detuvo.

—Adiós, señor —exclamó—. Cuando vuelva me acordaré mejor de usted... —se interrumpió y después enseñó sus dientes amarillos en una sonrisa satisfecha—. Ya decía yo que... Ella debe haber venido en ese taxi.

Se refería a uno que estaba detenido cerca de mi coche, con el chofer sentado ante el volante fumando pacientemente.

Me despedí con un ademán del amable hombrecillo y al encaminarme a mí auto descubrí que había otro, aparcado a cierta distancia, en el lado opuesto de la explanada. Dos hombres permanecían en él, hablando entre

ellos sin hacer ademán de apearse.

Tras acomodarme en el mío, encendí un cigarrillo y dediqué una última mirada a las blancas tapias de la tierra de los muertos. Después de esto, apreté el arranque y maniobré despacio para dar la vuelta.

Para hacerlo hube de girar por detrás del taxi y pasar junto a la entrada del cementerio. En aquel momento, una mujer apareció procedente del interior. Andaba ensimismada, con la cabeza baja y actitud abatida.

Solo levantó la cabeza cuando se detuvo para dejarme paso. Entonces pude verle la cara.

Era Verenice.

Instintivamente, hundí el pedal del freno y el coche se detuvo en seco, balanceándose violentamente. Eso llamó su atención y nuestras miradas se encontraron.

—¡Jeff! —exclamó con vos ahogada.

Salté fuera del coche y me reuní con ella.

—¿Qué haces tú aquí, Verenice?

—¿Y tú?

—Bueno... vengo una vez al año, justo en el día de hoy. Mi esposa... está enterrada aquí.

—Comprendo; el aniversario de su muerte.

—Sí. Pero tú...

Desvió la mirada. Sus ojos se llenaron de lágrimas y no hizo nada para contenerlas ni disimularlo.

—Verenice... —murmuré.

—Mi hermana, Jeff.

—¿Tú...? Lo siento.

Repentinamente, en un impulso incontenible, se acercó a mí y apoyándose en mi pecho dio rienda suelta al llanto.

La rodeé con mis brazos, sin encontrar palabras con que consolarla, así que la dejó que sollozara durante unos minutos.

Finalmente, pareció calmarse lo suficiente para atender y le pregunté:

—¿Has venido en ese taxi?

—Sí...

—Es mejor que lo despidas y regresarás conmigo.

La dejé junto a mi coche y fue a hablar con el taxista. Le aboné la carrera, el regreso y una propina y el hombre se largó, satisfecho.

Distraídamente, distinguí que el auto estacionado al otro lado se ponía en movimiento, como si se dispusiera a marcharse, pero se detuvo otra vez cual si su conductor no supiera realmente qué rumbo tomar.

No le presté ninguna atención porque deseaba reunirme con la muchacha cuanto antes.

La encontré sentada dentro del coche, muy pálida y rígida.

Tras acomodarme ante el volante dije:

—¿Cuándo sucedió, Verenice?

—¿Qué?

—Te he preguntado cuándo murió tu hermana, pero si te resulta doloroso hablar de ella no respondas.

—No... ella murió ayer. La han enterrado hace una hora creo.

Detuve mi mano cuando me disponía a manejar la palanca de cambios, asombrado.

—¿Crees? —exclamé—. ¿No has asistido al entierro?

—No, Jeff... Yo...

Se interrumpió y noté cómo se estremecía igual que si estuviera helada; no obstante la temperatura era cálida y agradable.

Al fin, manejé el coche y enfilé la carretera sin acertar a decir una palabra. Fue ella quien murmuró:

—Mi hermana era Sara Bellamy. ¿Comprendes?

—¿La esposa del alcalde?

—Sí.

—Bueno, pero eso no explica que no hayas querido asistir a su entierro. ¿O estabas enemistada con ella?

—¡Oh, Dios, no! La adoraba.

—Bien, no lo entiendo. Si no quieres hablar de eso olvídalo, pero tu actitud me desconcierta.

—Tenía miedo —susurró, con voz que apenas se oyó.

—No te comprendo. Lo mismo me dijiste anoche... ¿No es cierto que lo dijiste, Verenice?

—Sí...

—Bueno, ¿deseas contarme lo que te sucede?

—Se trata de mi hermana, Jeff. Pero...

—Está bien, adelante, nena.

Aspiró aire como si así pudiera encontrar el valor que le faltaba para hacer su revelación. Entonces, con voz rota, murmuró:

—Sara... fue asesinada.

CAPÍTULO IV

Resultó una revelación tan inesperada que por unos instantes perdí el control de mí mismo. El coche dio un bandazo. Lo enderecé a duras penas y dejé pasar casi un minuto antes de hablar.

—¿Cómo puedes hacer semejante afirmación, Verenice?

—Estoy segura.

—Se supone que murió de un ataque al corazón. Acaba de decírmelo el guardián del cementerio. ¿Crees que si la hubieran asesinado estaría enterrada a estas horas?

—¡Oh, ya sé que quieres decir! —exclamó—. Pero es un complot espantoso... Fue asesinada, Jeff.

—Cálmate —dije, al ver que iba excitándose por momentos—. ¿Tienes alguna prueba de lo que dices?

Titubeó y al fin sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —confesó—. Pero aunque la tuviera no me serviría de nada. ¿No quieres comprenderlo? Sería un escándalo y faltar, solo dos meses para las elecciones.

No pude evitar un respingo al escucharla. De nuevo resonaban dentro de mi cerebro las palabras malditas y todo parecía repetirse a mí alrededor igual que dos años atrás, aunque en esta ocasión yo no fuera el protagonista.

Intenté serenarme y me costó cierto tiempo conseguirlo.

Ella interpretó mi silencio a su manera y murmuró:

—Comprendo, Jeff... No me crees, ¿verdad?

—Dime por qué crees que la mataron.

—Porque ella me dijo que su vida estaba en peligro. Además, Sara iba a...

Calló repentinamente. La miré para ver que le sucedía pero mantuvo la cara vuelta hacia la ventanilla, rehuyéndome.

—Vamos, sigue —la animé suavemente.

—¿Para qué? —suspiró con amargura—. Todo es inútil. No sé ni cómo he podido hablarte de eso a ti, casi un desconocido.

—Tonterías. Puedes confiar en mí, Verenice.

—¿Y qué gano con eso? Tú tampoco puedes hacer nada por mí, y menos por Sara. Ella ya...

Apreté el freno y aparté el coche del centro de pista, deteniéndolo a un lado. Apenas acababa de cerrar el contacto cuando otro auto nos pasó sin prisa y dobló el recodo siguiente. Reconocí el coche que había estado parado a la entrada del cementerio. Los dos hombres iban muy rígidos en sus asientos, con la mirada clavada en el parabrisas. Cuando pasaron por nuestro lado ni siquiera volvieron la cabeza para mirarnos. Eso fue precisamente lo que me chocó, porque no hay un automovilista de cada mil que no eche un vistazo al coche que encuentra parado a un lado de la carretera, sobre todo, si en ese coche hay una pareja.

Pero estaba demasiado ocupado con la muchacha para prestar más atención a los dos tipos.

—Escúchame, Verenice —dije pacientemente—. No sé si puedo hacer algo por ti o no, pero quiero que me lo cuentes todo. Aunque de momento no puedas comprenderlo, lo que estás diciendo tiene extraordinario interés para mí.

Negó con un gesto. Le pasé el brazo sobre los hombros y la atraje hacia mí con suavidad. Se dejó dominar sin resistirse y su cabeza de cabello alborotado quedó apoyada en mi hombro.

—Así está bien —murmuré—. Ahora cuéntamelo todo. ¿Qué te dijo tu hermana cuando te reveló que su vida estaba en peligro?

Levantó la cara y nuestros ojos se encontraron. Había un brillo febril en los suyos. Incliné la cabeza y la besé levemente.

—¿Sí, nena?

—Tengo miedo —repitió—. Si tú hablas con alguien de eso...

—Guardaré para mí todo lo que me digas.

—Algo me impulsa a confiar en ti. En todo el día no he podido olvidarte, a pesar de todo lo que sucede... y ni siquiera sé tu nombre completo.

—Jeff Kiley. ¿Está bien así?

—Kiley... —repentinamente se enderezó y su rostro sufrió una transformación radical—. ¡Dios santo, Kiley!

Sostuve su mirada sin despegar los labios. Sus manos se movieron y aferraron las mías nerviosamente.

—¡Jeff Kiley! —repitió con voz ahogada—. No es posible que seas *ese* Kiley...

—No hay otro, nena. Conmigo se acaba la dinastía. ¿Te parece ahora que podré comprenderte?

—Sí, ahora sé que puedo confiar en ti. Llévame a cualquier lugar donde

podamos hablar con tranquilidad. Ya, ¿sabes? Me parece que necesito beber algo fuerte para recobrar la serenidad.

—¿Qué te parece mi apartamento? Desde que te has marchado de él esta mañana me parece más vacío que de costumbre.

—Eso es muy gentil por tu parte... Llévame allí.

Mientras puse el coche en movimiento indagué:

—Incluso suponiendo que tu hermana fuera asesinada ¿qué te hace estar tan asustada?

—Yo... bueno, traté de verla después que ella me llamó por teléfono.

—¿Cuándo fue eso?

—Anteanoche. Sara estaba casi histérica por teléfono. Apenas si entendí la mitad de lo que me contó de manera que fui a su casa para aclararlo todo. Pero al llegar allí encontré que David tenía una importante reunión política con los jefes de su partido y otros hombres importantes con sus esposas. El mismo David me dijo que Sara estaba en plena reunión con las otras mujeres y que no deseaba que dejara de atenderlas en aquel momento. Era algo importante para sus planes electorales, así que me aconsejó que volviera a casa, me pusiera un vestido adecuado para asistir a una fiesta como aquella y que volviera después, a fin de hablar con Sara.

—Y tú te marchaste, ¿no es así?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Sin embargo, antesirme le pregunté si todo iba bien entre él y Sara. Pareció muy sorprendido por semejante pregunta. Se echó a reír y me gastó una de sus bromas. Así que me volví con la intención de vestirme un traje de noche.

—¿Volviste también a la fiesta?

—No...

Doblé la curva de la carretera y aceleré. En aquel instante descubrí el coche parado a un lado. Era el mismo que nos había pasado antes.

Me enderecé en el asiento. Eran demasiadas coincidencias para que no me llamaran la atención.

—Un momento, nena. Echa un vistazo a ese coche... Lo conoces?

Volvió la cabeza en el momento que el auto se ponía en movimiento.

—No —murmuró—. ¿Crees que nos sigue?

—Casi lo afirmaré. Por lo menos a ti. Estaba parada junto al cementerio y ha venido detrás de nosotros. Nos ha pasado cuando he detenido el coche... y ahora está otra vez pegado a nuestra cola...

—¡Dios mío!

—Tómalo con calma, querida. Tal vez no vengan tras nuestras huellas después de todo.

—Ni tú crees eso... Nos siguen, ¿no te das cuenta? ¡Dios, me matarán, Jeff!

—No digas tonterías —mascullé.

Mis manos se aferraron salvajemente al volante. Me pareció que el

pasado volvía a caerme encima como si en lugar de haber quedado enterrado en el tiempo hubiera estado suspendido hasta entonces sobre mi cabeza.

—Vamos a comprobarlo. Agárrate al pasamano de la puerta, pero primero ponle el seguro.

Hundí brutalmente el acelerador hasta el fondo. El coche pareció levantarse de morro cuando salió disparado igual que un cohete. Seguí manteniendo el acelerador a fondo y el cuenta-millas subió vertiginosamente hasta ciento diez.

Por el retrovisor distinguí que el otro auto quedaba rezagado, pero de pronto pareció que detenía su retroceso y se mantuvo a la misma distancia. Incluso me pareció que la acertaba.

El cuenta-millas ascendió a ciento quince. Los neumáticos emitían un continuo chillido y el aire silbaba contra la carrocería.

Por el rabillo del ojo vi la cara asustada de Verenice, fuertemente agarrada a la varilla de metal.

—Ya no cabe duda —mascullé—. Ahí vienen...

—¡Nos matarán, Jeff!

—Todavía no lo han conseguido, suponiendo que sea eso lo que pretenden.

Concentré mi atención en conducir. Un vago sentimiento de temor comenzó a dominarme al ver la velocidad que llevábamos, y al pensar que mis reflejos forzosamente debían estar mermados por el alcohol que durante tanto tiempo había ingerido.

No obstante, seguí hundiendo el acelerador.

Repentinamente, la voz temblorosa de la muchacha susurró:

—Si nos ocurre algo...

—No pasará nada.

—Déjame decírtelo, Jeff... He dudado durante todo el día, pero ahora... Bueno, creo que te quiero.

—Pues has elegido un momento muy oportuno para decirlo —dije, afectando una alegría que no podía sentir.

—Quería que lo supieras antes de... de...

—No lo digas. No sucederá nada.

—Tal vez no, pero...

—Además, eso debía ser yo quien te lo dijera a ti, porque tampoco he podido alejarte de mi pensamiento desde la mañana...

—¡Jeff...!

—¿Crees en el flechazo, pequeña?

Estaba tratando de distraerla para que no se diera cuenta que el coche que nos perseguía estaba ganando terreno con pasmosa seguridad. El mío tenía ya dos años a cuestas y el que nos venía detrás era un modelo recién salido de fábrica, y más potente que mi viejo “Dodge”, pero incluso así

intente sacarle más velocidad aun a riesgo de reventar el motor.

—Si pudiésemos llegar a las afueras de la ciudad —mascullé—. Allí no se atreverían a intentar nada.

Unos dedos como garfios se clavaron en mi brazo.

—¡Sigue, sigue! —sollozó—. ¡Nos matarán si logran alcanzarnos!

—Hago lo que puedo, cariño. Todo depende del coche.

Di un empujón salvaje al pedal del acelerador, como si pudiera hacerlo bajar más todavía. Creo que conseguí sacar alguna milla más al coche, pero los perseguidores habían ganado tanto terreno que solo era cuestión de minutos que los tuviéramos encima.

Entonces, ella volvió la cabeza y los vio.

—¡Están ahí, Jeff! —chilló.

—Bueno, cálmate y suelta mi brazo. Necesito los dos para dominar este cacharro... Si se acercan más, tírate al suelo del auto y no te muevas. Cúbrete la cabeza con los brazos... y ruega a Dios que no haya ningún árbol fuera de lugar en esta carretera.

De pronto apareció una cerrada curva delante de nosotros. Un sudor frío brotó por todos los poros de mi cuerpo. Titubeé una fracción de segundo... no supe qué hacer... y la curva se nos echó encima como lanzada por una catapulta gigantesca.

Solté el acelerador y apreté el freno. Lo solté y apreté de nuevo, repitiendo esta, operación hasta que entre en el principio del viraje. Entonces pisé el acelerador mientras todo el coche chirriaba como si fuera a desmontarse.

Derrapó furiosamente y durante un trecho avanzó de costado. Doblé el volante y seguí manteniendo el acelerador abajo. Las ruedas chillaron como demonios, se levantaron del asfalto cuando el coche cambió de dirección y al fin cayeron otra vez sobre él con un estrépito terrible.

Pero el auto cejó de deslizarse lateralmente y enfiló la carretera de morro, aunque dando tremendos bandazos hasta que logré dominarlo nuevamente.

—De esta hemos escapado —jadeé.

Verenice estaba medio caída en el asiento, sollozando.

Por el retrovisor distinguí al otro coche tomando la curva sobre dos ruedas, como patinaba y, finalmente, se lanzaba otra vez en nuestra persecución. Ellos también habían escapado.

Delante nuestro se abrió una recta de más de una milla. Había un coche avanzando en nuestra misma dirección, aunque muy despacio. Pensé que era nuestra única esperanza y me aferré al volante dispuesto a jugarlo todo a una carta.

Entonces sucedió lo inesperado. Cuando gané terreno al coche que teníamos delante, un sedán negro y deslucido, el que nos perseguía rompió a hacer sonar el claxon con tanto entusiasmo como si estuviera en una

fiesta. No tardé en comprender que lo hacía marcando un ritmo determinado, algo semejante a una señal convenida...

Demasiado tarde, me di cuenta de la jugarreta. El coche que nos precedía hizo una brusca maniobra, se atravesó en medio de la carretera y se detuvo. Instantáneamente, el otro dejó de escandalizar con el claxon.

Nos habían cazado.

Levanté el pie del acelerador para evitar estrellarnos contra el auto que semejaba una barrera. El que nos seguía se nos echó encima como un bólido empujándonos hacia un costado.

—¡Échate al suelo, rápido! —grité.

—¡Jeff...!

—¡Al suelo, cariño!

Obedeció cómo pudo. El perseguidor estaba colocándose a mí altura. Su morro casi rozaba al mío. Uno de sus ocupantes gritó:

—¡Deténgase!

“Seguro, pensé, voy a detenerme”.

Doblé todo el volante al costado en que estaban ellos en el instante en que hundía el pedal del freno hasta el fondo. Hubo un estrépito de todos los demonios, el motor se caló con ruido de hierros lacerados y a pesar de estar sujetándome al volante salí proyectado contra el *tablier*, aunque el golpe quedó amortiguado por mis manos.

El otro lo pasó peor, ya que mi coche, entre el frenazo y el golpe contra él había quedado clavado en la carretera, como atornillado a ella. Pero el de mis atacantes recibió el impacto con su velocidad completa y salió proyectado de costado igual que empujado por la mano de un gigante. Dio un salto, giró sobre un eje invisible y se desplomó por un terraplén dando tumbos entre el estruendo de chatarra destrozada.

—¡Abajo, nena!

No se movió. Cuando me incliné advertí que se había desvanecido. Era lo único que me faltaba.

Abrí la portezuela y salté fuera del asiento. La parte delantera del coche estaba destrozada por completo. Al pegar de refilón contra el otro, parte del guardabarros había sido arrancado de cuajo y no se veía por ninguna parte.

En aquel instante aparecieron los tres hombres que habían ocupado el *sedán* utilizado para bloquear la carretera. Se me vinieron encima como demonios. Todos ellos llevaban algo en las manos, pero no me pareció que fueran armas de fuego.

Furioso hasta el paroxismo, no esperé a que llegaran junto a mí. Arremetí contra ellos con furia salvaje y conseguí conectar mi puño en plena cara del que estaba en medio. Se desplomó de espaldas, aullando.

Los otros dos enarbolaron las cachiporras y las dejaron caer. Sentí como si me arrancaran los brazos de cuajo cuando los golpes cayeron a ambos

lados de mi cuello, en las clavículas.

Grité de dolor, rabioso al pensar en Verenice.

Disparé un puntapié contra el de mi izquierda y el tipo doblóse como una navaja que se cierra, pero el otro había conseguido deslizarse a mí espalda y a su siguiente mazazo lo descargó detrás de mi oreja.

El mundo pareció estallar en chispas rojas y el paisaje que me rodeaba comenzó a fundirse en niebla. Entonces, Verenice empezó a gritar histéricamente desde el coche.

Su voz fue lo que me arrancó del fondo del pozo en que estaba cayendo. Giré y cargué de cabeza contra el que acababa de golpearme. Pude alcanzarle en el estómago, tirándole de espaldas.

Ya casi no veía nada, pero la voz, ahora aterrorizada de Verenice, era un estímulo para soportar el infierno en peso, así que dando tumbas avancé hasta el que había caído y le aplasté la cara con el pie, una y otra vez, hasta asegurarme que quedaba totalmente inerte, mientras un surtidor de sangre reventaba en su nariz y boca.

Otro de ellos entró nuevamente en liza. Mis brazos estaban paralizados por el insoportable dolor de mis hombros, así que cuando intenté parar su acometida me encontré con que no me obedecieron y recibí un terrible trastazo en el pecho que casi me paralizó el corazón.

Giré como una peonza, loco de dolor. El brazo derecho giró conmigo y mi insensible puño fue a estrellarse contra su boca. Tuve la seguridad que parte de su dentadura iría a parar sobre el polvo de la carretera.

Pero ya no podía más. La horrorizada voz de la muchacha sonaba cada vez más lejos. Mi cabeza era un caos de dolor y estruendo, no notaba en absoluto mis brazos y una espesa niebla roja habíase extendido ante mi mirada. Entonces mis piernas fallaron y caí de rodillas, pero incluso así intenté avanzar hacia donde resonaba la voz de Verenice...

Entonces me cazaron. Los golpes sobre mi nuca cayeron como una lluvia de plomo. Mi cara golpeó en el asfalto. Hubo gritos en alguna parte, una tremenda explosión que sacudió el suelo... y al fin la negrura de la nada me envolvió.

CAPÍTULO V

Todo estaba oscuro. Una mano suave aleteó sobre mi frente.

—Verenice —balbuceé.

—Cálmese. Soy Mac, su enfermera —dijo una voz dulce.

—¿Dónde está Verenice?

—Debe estar bien, con toda seguridad...

—¿Dónde está?

—No puedo decirle... No se mueva, por favor.

—No veo nada... ¿qué es lo que sucede, dónde estoy?

—En la sala de urgencia del Hospital Municipal. No debe preocuparse. Todo saldrá bien.

—¿Qué tengo?

—Conmoción. Debe mantenerse lo más quieto posible. Además, hay otras heridas que necesitan cuidado urgente.

No comprendía nada. Mi mente era una laguna en la que solamente flotaba el nombre y el recuerdo de Verenice. La necesitaba... sí ella estuviera junto a mí todo iría bien...

—¿No pueden buscar a Verenice? —insistí, con una voz que no me pareció la mía.

—La buscarán, no se inquiete. La policía está ahí fuera... Quieren hablar con usted.

—¡Dios, que pasen!

—El doctor no lo permite. Necesita descanso, y deben llevarle al quirófano...

—Pero, ¿por qué no veo?

No respondió. Me asaltó la terrible sospecha de que había quedado ciego... Eso debía de ser; un accidente... la ceguera.

Llevé mi mano a los ojos. Estaban protegidos por algo suave. Lo arranqué de un tirón. Era un vendaje negro de protección. Al quitármelo distinguí una luz lechosa, como envuelta en algodón. La silueta frágil de la

enfermera revoloteó a mi alrededor.

—¡No puede quitarse eso...!

Hice esfuerzos para sentarme en aquella especie de camilla. Las manos de la enfermera ya no fueron suaves cuando me sujetó enérgicamente.

—Tengo que salir de aquí —dije.

—Imposible. ¡Doctor!

Su grito pareció partirme el cráneo por la mitad. Una oleada de dolor me invadió, pero poco a poco recordaba lo sucedido y la imagen de Verenice sustituía todo cuanto pudiera rodearme.

—¡Déjeme, por favor! —supliqué—. Necesito irme de aquí. Verenice...

—¡Doctor, ayuda! —chilló la mujer.

Se abrió la puerta y apareció un hombre cubierto con una bata blanca, seguido de un policía uniformado. El médico sustituyó a la enfermera y me inmovilizó contra la mesa de curas.

—Tranquilo, amigo... no puede moverse.

—Sí puedo... He de encontrar a la chica que iba conmigo...

—Después trataremos de eso —terció el guardia—. Ahora deje que le curen.

—Bueno, me siento un poco flojo, pero no voy a quedarme aquí.

—No me obligue a tomar una determinación tajante —amenazó el médico—. Permanezca quieto y en calma o mandaré que le coloquen una camisa de fuerza.

—¿No comprende que Verenice está en peligro? Tal vez asesinada...

Sentí un pinchazo en el brazo. Volví la cabeza y la enfermera retiró la aguja hipodérmica con que acababa de inyectarme.

—¿Qué demonios es eso?

—Un calmante... no se preocupe. Todo irá bien.

El médico me soltó.

—Así está mejor —dije—. Ahora voy a irme.

No me fui. Volvió a hacerse la oscuridad a mi alrededor y me apagué como una vela en medio de una galerna.

Al recobrar el conocimiento me encontré mirando la cara de la enfermera llamada Mac. La cabeza me latía y me pareció que se movía al compás del péndulo un reloj. Una sensación curiosa...

—¿Cómo se siente?

—¿Usted es Mac?

—Me alegra que recuerde mi nombre.

—Eso es lo único que puedo recordar... ¿Qué ha sucedido?

—Los doctores han estado componiendo sus desperfectos. Afortunadamente todo ha ido bien. Pero precisa descanso, así, que pórtese bien o me enfadaré.

—Es demasiado linda... —repentinamente, como un alud de nieve precipitándose por una ladera, los recuerdos aparecieron todos a la vez,

tumultuosamente.

—¿Verenice? —gemí.

—Tranquilícese. No le ha sucedido nada a esa señorita...

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno... —no supo qué decir y calló.

Entonces, una voz recia habló desde alguna parte.

—Parece que se encuentra lo bastante bien para hablar. ¿Quiere dejarnos solos, por favor, enfermera?

—No puede usted cansarlo, teniente. El doctor ha dicho que...

—Sé perfectamente lo que ha dicho el matasanos.

La muchacha desapareció de mi radio de visión. Moví un poco la cabeza y distinguí una cara conocida.

—Sam— murmuré—. Sam Webber.

—Si me reconoces es que estás mejor de lo que parece. ¿Crees que podrás contarme lo sucedido sin que el médico me saque de aquí a puntapiés?

—Por supuesto... Tienes que buscarla. Sam. Encuéntrala o la matarán.

—Por orden, Jeff. ¿A quién debo buscar?

—Se llama Verenice...

—¿Y qué más?

—No sé su apellido. Pero atiende; es hermana de la mujer del alcalde Bellamy... entérate de cuál era su nombre de soltera...

—¡Demonio!

—Deben habérsela llevado, Sam. Era a ella a quién seguían... tendieron una emboscada y...

—Un momento, Jeff —me atajó—. No empieces a contarme retazos sueltos o no nos entenderemos. Empieza por el principio y acaba por el ataque. De paso, te diré que encontramos un coche hecho pedazos, ardiendo como una antorcha y con dos cuerpos carbonizados dentro de él. Además, el guardabarros de tu auto estaba empotrado en un costado del siniestrado, así que eso te dará una idea del lío en que estás metido.

—No hay tal lío. Escucha...

Le conté todo lo sucedido desde que conociera a Verenice, aunque no le mencioné el estado en que nos conocimos. Pero si le detallé todo lo demás, incluyendo la afirmación de la muchacha de que su hermana había sido asesinada.

Sam Webber escuchó sin interrumpirme ni una sola vez, pero a medida que mi visión iba aclarándose advertí la palidez de su rostro y el rictus de disgusto que asomaba a su boca de trazo firme.

Cuando callé, él tardó en despegar los labios, aunque no apartó su mirada de mí.

—Bien, Jeff —murmuró al fin—. Me gustaría creerte, pero no voy a ocultarte que parte de ese relato me parece fantástico.

—¿Fantástico? Tú estás loco. ¿No tienes los coches y los dos asaltantes muertos como testimonio? Y mis heridas...

—Todo eso está claro, no puede negarse; alguien te pegó con cachiporras y según los médicos los golpes son de profesional. Sabían muy bien dónde debían pegar para causarte más daño. Es casi milagroso que estés vivo. Ahora bien, ¿estás seguro que esa chica es la cuñada del alcalde?

—Ella lo dijo. ¿Por qué tendría que haberme mentido? Además, me dio su nombre: Verenice. No te costará averiguar si realmente Sara Bellamy tenía una hermana de ese nombre...

—Démoslo por cierto. ¿Cómo sabía ella que su hermana había sido asesinada? Es una solemne estupidez, ¿no te das cuenta? el doctor Wagner es el médico personal de la familia Bellamy. El debió firmar el certificado de defunción. ¿Quieres hacerme creer que un hombre como Wagner se habría prestado a certificar una muerte natural sabiendo que se trataba de un crimen?

—Quizá no lo supo...

—Wagner es una eminencia médica, Jeff.

—¡Maldita sea! ¿Si no es cierto cuanto te he dicho, por qué han secuestrado a Verenice?

—No lo sé... pero puede ser debido a otros motivos ajenos por completo al que estamos discutiendo. Escúchame, Jeff; tú sabes perfectamente lo que significa, la gravedad que entraña una acusación semejante. Honestamente, ¿crees que puedo tomarla en consideración, sin más pruebas que la afirmación de una muchacha histórica, y que además me ha llegado por segunda persona?

—Bueno, Sam, comprende que...

—Me jugaría el cargo. ¿Comprendes?

El dolor en mi cabeza aumentaba a pasos de gigante, pero también mis ideas se aclaraban a la misma velocidad. Apreté los dientes y le espeté:

—¿Sabes dónde nos hemos encontrado esta tarde Verenice y yo?

—Ya me lo has contado; a la salida del cementerio, pero...

Se interrumpió de repente y desvió la mirada al comprender lo que quería dar a entender.

—¿Y bien, Sam?

—Bueno, es distinto. Las circunstancias son otras. Ahora tenemos un alcalde honesto, intachable, eso lo sabes perfectamente. No hay corrupción...

—Pero hay organizaciones de pistoleros profesionales capaces de llevar a cabo un asalto como este.

—¿Reconocerías a esos tipos?

—No lo creo. Todo fue tan rápido que apenas si me di cuenta cuando me cayeron encima. Pero recuerdo perfectamente la cara de los dos que

tripulaban el coche que se estrelló.

—Nuestros expertos, y los del laboratorio policíaco están trabajando en su identificación. No obstante, te diré que no creo que haya muchas esperanzas de sacar nada en limpio excepto por el coche. Era alquilado, ¿sabes?

Siguió haciéndome preguntas y más preguntas, tratando de aclarar los puntos más oscuros de mi relato. Pero observé que apenas si se refería para nada a todo lo que hiciera referencia al supuesto asesinato de Sara Bellamy. Después de todo, estaba en su derecho de ponerlo en duda...

Finalmente, se despidió después de asegurarme que pondría a todos los hombres disponibles a la búsqueda de Verenice. Además, si realmente era la cufiada del alcalde Bellamy, este movilizaría cuantos recursos fueran necesarios para localizarla.

Eso lo puse en duda, pero no podía hacer otra cosa que esperar por el momento, ya que me encontraba tan débil, cansado e inútil como un recién nacido.

Lo único que le dije, cuando ya se dirigía a la puerta, fue:

—Por favor, Sam, ¿querrás decirle a Harry Jenks que me gustaría verle?

Me miró dubitativamente. Luego asintió.

—Lo haré —murmuró.

Salió y cerró la puerta.

CAPÍTULO VI

—No voy a ocultarle que todo esto parece la pesadilla de un alcohólico, Kiley —refunfuñó Jenks con su voz sonora y bien timbrada.

Harry Jenks, el fiscal suplente, era un impecable funcionario de conducta recta e intachable, pero a pesar de todo seguía considerando que un borracho es digno de consideración.

—No había bebido una gota cuando sucedió —protesté—. Precisamente era el aniversario de la muerte de Mildred.

—Ya veo. Por eso fue usted al cementerio...

—Exacto. Mire, Jenks; he querido contárselo a usted porque le conozco bien. Sé qué hará todo lo necesario para aclarar esto...

—Ya ha hablado con Sam Webber. Usted y él eran grandes amigos. ¿No le parece que él es el hombre indicado para ese cometido?

—Sam es un buen policía, pero no puede rebasar según qué barreras y usted lo sabe. Me ha parecido muy preocupado por conservar su puesto.

—Todos deseamos conservar el empleo. No obstante, veré qué puedo hacer. En cuanto a buscar a esa muchacha, le prometo que se hará todo lo posible por encontrarla. En última instancia, le garantizo que yo mismo daré cuenta a los federales basándome en que se trata de un secuestro.

—¿Cree que el fiscal le pondrá obstáculos para hacerlo?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Él es un político, pero sé positivamente que es honesto, íntegro y que ama la justicia tanto como yo.

—Ojalá pudiera creerle, Jenks, pero tengo experiencia...

—¿Cuándo le han dicho que podrá salir de aquí?

—El médico está empeñado en retenerme una semana, pero me largaré mañana aunque sea saltando por una ventana. No puedo soportar esta inactividad, sabiendo que Verence está en peligro, suponiendo que no la hayan matado.

—¿No será que echa de menos el *whisky*, Kiley? —rezongó, mordaz.

—¿Qué le pasa a usted, por qué me tiene ojeriza, Jenks?

—Está en un error. Solamente que no me gusta usted, eso es todo, como no me gusta nadie lo bastante débil para dejarse hundir por un contratiempo. Refugiarse en la bebida es de cobardes. Y no es la primera vez que se lo digo a la cara, de manera que no vaya, a darse por ofendido ahora.

—Es usted una excelente persona, aunque hay veces que uno desearía romperle la nariz.

—Sigo siendo el mismo de siempre —gruñó—. Hubo un tiempo que le admiraba de tal manera que me hubiera dejado cortar una mano por usted. Era el fiscal más brillante que he conocido jamás... y de repente se convirtió en una piltrafa. Resultó una metamorfosis tan completa que a veces me pregunto si no le sobrevaloré en aquel tiempo.

—Lárguese, Jenks, empiece a cansarme.

—No lo dudo.

Giró sobre sus talones y encaminóse a la puerta. Todavía le recomendé antes que saliera:

—Haga todo lo que esté en su mano para encontrarla, a despecho de todo lo demás.

Asintió y se fue.

Las horas en el hospital se hicieron eternas. Discutí con los médicos, vociferé y amenacé, pero hasta la tarde del día siguiente no conseguí que accedieran a dejarme marchar, aunque me obligaron a firmar una declaración en la que me hacía responsable de cualquier agravación o recaída que pudiera sufrir a causa de mi empeño en abandonar el lecho prematuramente.

Al encontrarme en la calle reconocí que no les faltaba parte de razón. Mis piernas apenas podían sostenerme y los minutos que tardé en localizar un taxi resultaron una interminable tortura.

No obstante, cuando entré en mi apartamento, había recobrado parte de mis energías. Acabé de entonarme con un largo trago de *whisky*, con lo que vacié la botella que me quedaba.

Tendido en el diván, reflexioné profundamente alrededor de la desaparición de Verenice. Cuanto más pensaba en ella, más seguro estaba de que debía existir un fondo de verdad en lo que me había dicho. No podía concebir que su secuestro fuera totalmente, ajeno a sus sospechas de asesinato.

Finalmente, al anochecer, telefoneé a Sam Webber, solo para enterarme de que todavía no había ninguna noticia sobre el paradero de la muchacha.

—Puedo asegurarte que estamos haciendo un verdadero cribado de toda la región. El alcalde Bellamy está como loco y ha movilizadado hasta los bomberos para buscarla.

—Seguro.

—¿Has hablado con él?

—¿Le has preguntado cómo murió exactamente su mujer?

—¿Crees que estoy loco? Naturalmente que no. En todo caso, quiero esperar a hablar con esa chica yo mismo, cuando la encontremos.

—Suponiendo que la hallemos con vida —rezongué.

—No me cabe duda que pedirán rescate. Entonces les echaremos el guante.

Furioso, estuve tentado de gritarle todo lo que se me ocurría. Solamente dije:

—No sabía que tuviera tanta importancia la política para ti, Sam...

—¿Qué demonios quieres dar a entender?

—Olvidalo. Jamás encontrarás a Verenice por ese sistema.

—Quizá tú tengas otro mejor —gruñó, disgustado—.

—Quizá tú tengas otro mejor —gruñó, disgustado—. En tus buenos tiempos no dudo que hubieras hecho un buen papel en esta búsqueda, por algo llegaste a: capar un puesto semejante. Pero ahora, y no te ofendas, tu cerebro huele a *whisky*.

—Lo sé, pero para encontrar a Verenice es preciso averiguar primero qué hay de cierto en sus afirmaciones. Si encuentras que Sara Bellamy fue asesinada podrás buscar al asesino y descubrir sus motivos. Entonces podrás saber quién la ha secuestrado.

—No digas más estupideces —exclamó, furioso—. No puedes pretender que eso trascienda, sobre todo no siendo más que una especie de corazonada. ¿Te imaginas lo que haría la oposición si eso llegaba a su conocimiento? Aunque fuera mentira lo explotaría a fondo, destrozaría la carrera del alcalde, hundiría las esperanzas que toda la gente decente tiene puestas en él... Jamás podría ganar la elección para gobernador.

—Ya veo... Y supongo que la organización política del partido pondría el grito en el cielo y barrería a nodos los que hubiesen levantado la manta. En fin, Sam, ya veré lo que puedo hacer por mí cuenta.

—¿Qué? Escucha, Jeff, no puedes hacer nada por tu cuenta... ya no posees autoridad alguna.

—Sé qué es lo que puedo hacer y lo que no. Todavía soy abogado, ¿recuerdas?

—¡Maldita sea...!

Colgué. Después llamé a Jenks y sus noticias fueron más o menos las mismas.

Me desnudé y entré bajo la ducha, cuidando de no mojar el vendaje que rodeaba mi cabeza como un turbante. Después me vestí ropas limpias, abandoné el apartamento y me encaminé a casa de un médico con el que había mantenido cierta relación a través del tiempo.

Después de cambiar unos saludos, la expuse mis deseos sin vacilaciones.

—Quiero que me quite este vendaje y lo sustituya por un parche

adhesivo, doctor —dije—. No puedo ir por el mundo disfrazado de árabe.

—Bueno, según qué clase de herida tenga usted ahí no puede hacerse eso, Kiley. Sería peligroso.

—Lo sería para mí en todo caso. Manos a la obra, *doc*.

Cuando me quitó todo aquel envoltorio y vio lo que había debajo no pudo contener una exclamación. Luego gruñó:

—No le aconsejo que se quite el vendaje, Kiley. Es demasiado arriesgado.

—Haga lo que le he pedido o tendré que apañarme por mí mismo.

—Está bien... supongo que no le han partido la cabeza por la mitad precisamente porque la tiene tan dura —refunfuñó.

Estuvo trabajando un buen rato para dejar la cura lo mejor posible. Al terminar gruñó:

—Mi consejo es que se meta en cama y no se levante en un par de días como mínimo si quiere quedar bien de una vez.

—Okey, ya me ha dado su consejo. Ahora hágeme de otra cosa; por ejemplo, de los ataques al corazón. Me interesa el tema.

—No comprendo... ¿padece usted del corazón acaso?

—No se trata de mí. Más bien es una curiosidad científica. ¿Puede describirme los síntomas?

—Sería preciso saber qué clase de ataque es ese de que habla. Por ejemplo, ¿se refiere usted a un ataque real, o a una oclusión coronaria, o...?

—Vayamos por partes. Supongamos que el ataque produce la muerte casi instantánea...

—Oclusión coronaria —exclamó—. Se da con mucha frecuencia en enfermos del corazón, especialmente si con anterioridad han sufrido una trombosis. Lo que ocurre es que la gente llama ataque a todo lo que afecta de manera violenta al corazón.

—¿Hay mucha diferencia entre una trombosis y una oclusión de coronaria?

—Puede decirse que ninguna. La trombosis produce la coagulación de la sangre, o sea que puede considerarse como “causa”. La oclusión es el “resultado”.

—Ya veo. Y, naturalmente, una oclusión es siempre mortal...

Asintió con un gesto. Insistí:

—Describame los síntomas, doctor.

—Realmente, puede haber algunas variaciones según los casos, usted sabe... Pero, por regla general, los síntomas son muy claros; cuerpo extremadamente tenso, los dientes apretados, las manos fuertemente apretadas entre sí, o engarfiadas, todo ello como resultado de un violento espasmo y convulsión.

—Esos síntomas supongo que son los generales...

—Por supuesto. Tenga en cuenta que una oclusión produce un terrible dolor en el pecho y en el estómago, seguido de una violenta convulsión cuando se agudiza. Si el enfermo muere en el curso de ella, los síntomas que le he descrito son infalibles.

—Comprendo, doctor. Y ahora voy a hacerle otra pregunta más delicada... Supongamos que un médico encuentra a un paciente con esos síntomas, pero que, sin embargo, no ha muerto de oclusión coronaria, sino envenenado. ¿Es posible que pudiera confundirlos?

—Un momento, Kiley. ¿Se refiere a alguien en particular, o está generalizando?

—Generalizando tan solo.

—Bueno, no me gustaría que después utilizase mis palabras contra algún colega sin más fundamento de causa...

—En absoluto, doctor.

—Bien, pues sí, es muy posible —murmuró, pensativo—. En especial, si el médico hubiera estado tratando al paciente de una enfermedad cardíaca. Hay venenos que provocan la misma reacción que una oclusión, ¿entiende? Dolor en el pecho y el corazón, contracción violenta, visión cada vez más borrosa y convulsiones. Probablemente, mejor dicho, casi con toda seguridad, las prendas de vestir o ropas de cama, aparecerían empapados de sudor y, posiblemente, habría restos de saliva alrededor de la boca. Ambos factores se dan igualmente en la mayoría de desenlaces por oclusión de coronaria.

—Estoy abusando de su paciencia, doctor, pero desearía saber qué veneno es el que produce esos síntomas.

—Debería tratarse de un veneno fulminante... Cianuro potásico quizá, o sulfato de estricnina... Incluso podría ser alguna de las toxinas solubles bacteriológicas, como la atropina por ejemplo.

—Con toda franqueza, doctor. ¿Usted podría confundir un caso de muerte por envenenamiento con cualquiera de esos tóxicos que ha nombrado, con uno de oclusión de coronaria?

Titubeó, mirándose con evidentes dudas.

—Me inquieta usted, Kiley...

—Responda, por favor. Sus manifestaciones no serán repetidas por mí.

—Está bien. Pues sí, podría confundirlos. Naturalmente, si el fallecimiento ocurría a una persona que jamás hubiese padecido ninguna afección cardíaca tal vez exigiría ciertas comprobaciones para asegurarme. Pero, si se trataba de un paciente al que hubiera estado tratando por una afección del corazón, en especial si ya había sufrido cualquier otro ataque, como decía usted, sí, no dudaría en firmar el certificado de defunción.

—Gracias, doctor, me ha ayudado usted mucho.

Cuando estreché su mano comentó:

—Kiley, tengo la impresión de que esconde algo en la manga. Creo que

me dedicaré a averiguar quiénes han muerto de oclusión coronaria en los últimos días...

—Perderá el tiempo —mascullé—. Todo eso es un caso hipotético.

—Me gustaría creerlo. No obstante, me alegra que vuelva usted a las andadas. Tal vez eso le haga olvidar que existe otra clase de veneno llamado *whisky*.

Sonrió y, abriéndome la puerta, me siguió con la mirada hasta que desaparecí en el pasillo.

Un tipo inteligente ese médico, me dije al salir a la calle.

Quizá demasiado...

CAPÍTULO VII

La residencia de David Bellamy era un edificio enorme de estilo neoclásico inglés, un tanto recargado. Enclavado en la falda de una colina, a un par de millas de la ciudad, estaba rodeado de un parque cuidado por un regimiento de jardineros que sabían lo que me llevaban entre manos.

Dije al taxista que esperase y llamé a la puerta. Una sirvienta joven y bonita apareció, escuchó mi pendón y me miró con vivo reproche.

—Mr. Bellamy tiene invitados. No creo que desee recibirle a estas horas.

—Dígale que mi nombre es Kiley y que soy el hombre que estaba con Verenice cuando la secuestraron. Dese prisa, ¿quiere?

Eso la convenció y desapareció de mi vista como una exhalación.

Dos minutos después me introdujo en un salón espacioso en el que estaban reunidos cuatro hombres, sentados alrededor de una mesa baja abarrotada de rasos y botellas.

David Bellamy se levantó para salir a mi encuentro.

—Me alegra mucho verle, Kiley... siéntese. Tiene usted muy mal aspecto después de su espantosa aventura.

Me llevó hasta el grupo. Ninguno de los tres se levantó ni hizo ademán alguno de ofrecerme la mano, no obstante Bellamy siguió portándose como el perfecto anfitrión.

—Creo que conoce a mis invitados, Kiley...

—Por supuesto, aunque hace mucho tiempo que no los veía.

El gordo Yager, gran jefe del partido político en que militaba el alcalde; Ted Murphy, un espabilado concejal con desenfrenadas ambiciones políticas y de toda índole, y, el más distinguido de todos, Marvin Brett, jefe de Relaciones Públicas del partido y “factótum” de publicidad. Un hombre con una mente como una máquina de calcular, brillante y de una personalidad magnética y arrolladora.

Mientras preparaba un *whisky* en uno de los costosos vasos de cristal

tallado, el alcalde murmuró:

—Supongo que no me trae usted noticias de Verenice, Kiley... estoy en permanente contacto con la policía y hasta este momento no han podido encontrar su pista todavía.

Me ofreció el vaso. Vacilé antes de tomarlo. Me había prometido a mí mismo no beber mientras durase la búsqueda de Verenice. Temía que si empezaba no pudiera contenerme después.

Pero acabé por tomar el vaso y beber un sorbo. Entonces dije:

—Desearía hablar con usted a solas, Mr. Bellamy.

Enarcó las cejas, sorprendido. Era un hombre arrogante, con un porte marcial y una cabeza orgullosa con las sienes de plata. No pasaría de los cuarenta años, pero su vitalidad era la de un muchacho si uno tenía que creer lo que se decía de él.

—Pero, amigo mío —protestó—, estoy en plena reunión con estos amigos... una importante reunión, si me permite decirlo. No me parece correcto...

—Lo que he de decirle es de suma importancia y confidencial.

—¿Y no puede esperar hasta mañana en mi despacho del Ayuntamiento? Entiéndame —se apresuró a añadir—. No se trata de prescindir ahora de su agradable compañía... realmente, deseo que me cuente usted exactamente qué sucedió con Verenice y los hombres que les atacaron. Si no hubiera estado tan ocupado, yo mismo me habría entrevistado con usted en el hospital...

—No puedo esperar hasta mañana, señor.

Miró a sus invitados. Estos se encogieron de hombros, desentendiéndose del asunto. Bellamy acabó por acceder, aunque de mala gana.

—Pasaremos un momento a mí despacho. Mis amigos sabrán disculparnos...

Tan pronto se hubo cerrado la puerta de su despacho, aislándonos del salón, fui directo al grano.

—¿Es cierto que Verenice estuvo aquí la noche antes de que muriera su esposa, Mr. Bellamy?

—Completamente cierto.

—Pero, según tengo entendido, no consiguió ver a su hermana.

—Efectivamente. Teníamos más de veinte invitados, muchos de ellos de relevante posición social y política. Verenice iba vestida con un traje de calle, sencillo. Quedamos que iría a vestirse adecuadamente y volvería, pero ya no volví a verla. ¿Puede decirme a qué obedecen sus preguntas, Kiley?

—Se lo diré enseguida. ¿Notó algo desusado en su esposa aquella noche, señor? Quiero decir si se mostró nerviosa, o preocupada... asustada tal vez.

No pudo ocultar una expresión de dolorosa sorpresa.

—¿Se refiere usted a mi pobre Sara? —balbuceó.

—En efecto.

—Sigo sin comprender a dónde quiere llegar, Kiley, pero Sara estuvo perfectamente normal, alegre como de costumbre... Los invitados quedaron encantados con ella. Y ahora, le agradeceré que me aclare sus preguntas. Tenga en cuenta que se las estoy contestando por simple amabilidad. Usted dejó de ostentar autoridad hace dos años si mal no recuerdo.

—Se lo diré, Verenice estaba terriblemente asustada. Cuando conseguí hacerla hablar me confesó el motivo de su miedo. ¿No observó su ausencia en el entierro?

—Efectivamente, pero es una muchacha tan impresionable... tan rabiosamente independiente que, a pesar de dolerme su ausencia, pensé que deseaba asistir ella sola, en otra ocasión, a dar el último adiós a su hermana.

—Y así lo hizo —refunfuñé—. Los pistoleros la siguieron con el propósito de apoderarse de ella a la vuelta. Contaban que no les sería difícil reducir al chófer del taxi... pero se vieron obligados a reducirme a mí en su lugar.

—Antes ha dicho que Verenice estaba asustada. ¿Le dijo si recibió una amenaza de algún desconocido?

—No —le espeté—. Todo lo que me dijo fue que su hermana la había llamado por teléfono la noche antes de su muerte y que estaba histérica de temor... Le confesó que temía por su vida.

—Tonterías. Aquella noche Sara me pareció tan feliz como siempre.

—Quizá disimuló.

—No hubiera podido hacerlo con tanta perfección.

Poco a poco, su tono de voz se había hecho seco y desabrido. Pero no me detuve a considerar su creciente indignación y decidí soltarle el último cartucho.

—También me contó Verenice que ella estaba segura que su hermana Sara había sido asesinada, mis— ter Bellamy.

Pegó un respingo y sus ojos relampaguearon.

—¡Absurdo! Óigame, Kiley. ¿Qué pretende con eso?

—Tan solo informarle a usted de momento. Después, buscar a Verenice.

—Temo que me oculta algo, sinceramente. ¿No estará usted actuando con el beneplácito de nuestros rivales políticos? Si pudieran armar un escándalo con esas falsedades hundirían mi prestigio... el prestigio del partido.

—Hace dos años que estoy apartado de toda clase de política. Es más; no quiero saber nada de ella bajo ningún aspecto. Mi visita es estrictamente privada.

—Si eso es cierto me satisface en gran manera. Pero sus insinuaciones son perfectamente ridículas. Mi pobre Sara murió de un gravísimo ataque al corazón sin la menor duda. El doctor Wagner certificó las causas de su muerte... y tengo depositada toda mi confianza en él. ¿Lo conoce usted, Kiley?

—No, pero he oído hablar de él como de una eminencia. Sin embargo...

—No voy a seguir discutiendo esa monstruosidad con usted, amigo mío. Y le aconsejo que no pregone esas absurdas ideas en ninguna parte. Podría causarnos un grave perjuicio... Se da usted cuenta, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

Bebí todo el *whisky* que quedaba en el vaso. Cuando lo abandoné sobre la mesa el alcalde murmuró:

—¿Cuál es su interés en esto, Kiley? Me resisto a creer que haya venido aquí con esas absurdas insinuaciones por su propia voluntad.

—Yo no tengo a nadie que me maneje, Mr. Bellamy. Si ha oído hablar de mi ya debería saberlo.

—Por favor, no se ofenda... He oído hablar mucho de usted y de las trágicas circunstancias que le hicieron abandonar su carrera y un brillante porvenir... quizá ahora sería usted quien ocupase mi cargo. Pero en estos dos últimos años parece ser que ha cambiado mucho.

Me levanté, tenso.

—Tal vez, pero Verenice estaba convencida de sus afirmaciones. Y en cuanto a la llamada telefónica de su hermana, por lo menos eso me inclino a creerlo.

—Ya debería saber la fantasía que alberga una cabeza de mujer. No obstante, tan pronto logremos hallar a Verenice le prometo que escucharé sus temores o sospechas y trataré de librarla de ellas.

—Quizá a estas horas la hayan librado ya de toda preocupación, alcalde.

—¿Quiere decir que...? Eso sería monstruoso. No puedo creer que lleguen hasta ese extremo.

—¿Qué clase de hombre es usted? —le espeté—. Está aquí, tranquilo, haciendo elucubraciones sobre la suerte de su cuñada como si calculase los riesgos y probabilidades de su campaña electoral...

—Comprendo que se sienta usted sobreexcitado, Kiley, y por eso no me ofenderé con sus palabras. Sin embargo, antes de que se vaya, quiero decirle que, personalmente, opino que el secuestro obedece a motivos más mezquinos que todo lo que usted pueda pensar. Pedirán un fuerte rescate sin duda alguna. Entonces Verenice será puesta en libertad y...

—O es usted un hombre insensible como una roca, alcalde, o su credulidad es asombrosa. Le ruego que disculpe mi interrupción de su consulta electoral. Buenas noches.

Me acompañó a la puerta, tenso y evidentemente furioso. Pero supo

contenerse y siguió portándose como un perfecto caballero hasta que me hube alejado de la entrada.

Ordené al taxista que me llevara a “*Loma Vista Road*” y me derrumbé en el asiento. Me vi precisado a reconocer que me encontraba débil y cansado, a pesar de que los dolores parecían haberse aletargado.

Durante todo el trayecto estuve pensando en David Bellamy, en los tres hombres reunidos con él y en lo que estarían planeando.

Realmente, es cierto que la historia se repite, aunque con ligeras variantes...

CAPÍTULO VIII

La dirección que Verenice me diera antes de separarse de mi aquella mañana estaba situada a espaldas del distrito residencial. Correspondía a una casa de agradable aspecto, de una sola planta y arquitectura moderna. Había una verja de madera que separaba el jardín de la calle. Junto a la casa, dentro del jardín, distinguí un coche moderno que debía pertenecer a la muchacha.

Me apeé del taxi y probé la puerta de madera de la verja. Se abrió hacia adentro sin dificultad alguna.

Regresé al coche y despedí al chófer. Para lo que me proponía hacer no necesitaba testigos.

Esperé hasta perderlo de vista antes de internarme por el jardín. Estaba a mitad de camino de la casa cuando en alguna parte se cerró la portezuela de un coche.

Mis sentidos alerta hicieron que me detuviera, expectante, y así escuché los pasos de alguien que se acercaba por la acera. Retrocedí precipitadamente y llegué a la verja en el instante en que aparecía el solitario noctámbulo.

Se detuvo y durante unos segundos quedamos uno frente al otro, tensos como gallos de pelea. El rompió el silencio.

—No me diga que vive usted aquí porque me obligará a llamarle embustero. ¿Qué anda buscando?

—Empecemos por poner las cartas boca arriba los dos. ¿Quién es usted?

Empujó la puerta y se coló dentro del jardín. Era tan alto como yo, aunque un poco más delgado. No podía verle el rostro porque seguía estando de espaldas a las luces de la calle, pero a juzgar por su voz me pareció joven y decidido.

—Soy un amigo de la propietaria de esta casa —explicó rápidamente—. Estaba esperándola.

—¿Escondido dentro de un coche?

Sin previo aviso, su mano se disparó sujetándome por las solapas. Me zarandeó y todos los dolores de mi cuerpo, dormidos hasta entonces, despertaron a la vez. Mi cabeza empezó a latir dolorosamente. El masculló.

—¡Basta! ¿Dónde está Verenice? Usted no ha venido para verla a ella, sino que se proponía asaltar la casa... he estado observándole desde que ha llegado. Le advierto que tengo una pistola en el bolsillo y está apuntada a su estómago...

—En eso me lleva ventaja —gruñí—. Y deje de zarandearme o tendrá que llevarme al hospital. Estoy hecho cisco y solo me faltaba usted...

Me soltó, pero sacó la otra mano del bolsillo y comprobé que no me había mentido; empuñaba una automática de gran calibre.

—Ahora veamos quién es usted —ordenó—. Y no intente sacar un arma en lugar de sus documentos.

—No llevo armas. Mi nombre es Jeff Kiley.

—¿Kiley?

—¿Por qué no quita ese trabuco de mi vista?

—Su nombre me recuerda algo... Kiley... ¡Ya sé! Ya sé! —exclamó de repente—. El ex fiscal. ¿Es usted realmente?

—Sí.

—Bueno, creo que me he precipitado.

Guardóse la automática. No era tan listo como quería aparentar. Si yo le hubiese engañado en aquel momento hubiera podido llenarle la barriga de plomo antes que se diera cuenta. Pero semejante posibilidad ni siquiera pasó por su cabeza.

—Me llamo Barton —se presentó—. Bart Barton. Y es cierto que estaba esperando a Verenice... aunque es muy raro que haya desaparecido tan completamente. A estas horas debería estar en casa.

—Vamos a su coche, podremos hablar con más comodidad.

Me escoltó hasta el auto, un magnífico “Cadillac” de lujo. Encendí un cigarrillo después que me hube acomodado en el asiento.

—Para aguardar a una mujer hasta estas horas, y medio escondido como lo ha hecho usted —dije—, debe impulsarle un motivo muy poderoso. O quizá está enamorado de ella...

Esperé la respuesta absurdamente inquieto. El muchacho dejó escapar un suspiro antes de murmurar:

—No... está usted equivocado. Se trata de algo más grave.

—Bueno, si es usted un poco más explícito tal vez pueda darle noticias de Verenice. Desde luego, esta noche no regresará a su casa.

—¿Por qué?

—Primero usted.

Sacudió la cabeza. Inesperadamente, encendió la luz interior del auto y escrutó mi cara con sumo interés.

Pude ver que era un hombre de unos treinta años, de rostro franco y agradable. Tenía unos ojos oscuros y de mirar penetrante.

—¿Le ha sucedido algo a Verenice? —murmuró.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—Yo he preguntado primero...

—Ha sido raptada... ¿Cuánto tiempo hace que trata usted de verla sin resultado?

—Desde ayer...

Le conté a grandes rasgos lo que había sucedido en la carretera. Me escuchó con creciente alarma y al final su entereza le abandonó.

—¡Esos hijos de perra! —barbotó entre dientes.

Me enderecé de golpe.

—¿Quiere dar a entender que sabe quiénes la secuestraron?

—No... pero todo debe estar relacionado con... Un momento — exclamó de repente—. ¿Le habló Verenice de sus asuntos... familiares?

—Me habló de su hermana.

—Siga.

—Ella creía que la habían asesinado a pesar de presentar la muerte como natural. ¿Es alrededor de eso que giran sus sospechas?

Abatió la cabeza y susurró:

—Sí. Yo soy el responsable de que Sara esté muerta. Quedé mudo de estupor. El haberlo soltado pareció reanimar al hombre, porque añadió con voz sorda:

—Jamás podré arrancar de mí ese remordimiento... porque yo amaba a Sara. No creo que pueda usted comprenderlo, pero ella lo era todo para mí.

—¿Y ella?

—¿Qué quiere decir?

—¿Le correspondía?

—Sí.

—¿Era su amante?

—Ya le he dicho que no lo comprendería usted —refunfuñó, amargado—. Nos queríamos, pero Sara era una mujer honesta. Habíamos decidido que ella se separaría de Bellamy... Ya hacía mucho tiempo que había comprendido lo poco que le importaba ella a él.

—No acabo de comprenderlo...

—Bellamy es un saco de vanidad. Una pandilla de especuladores politicastros le han hecho creer que es un gran hombre, un político de altura, íntegro y destinado a grandes empresas. Bien, él ha acabado por creérselo y se ha fabricado una personalidad de acuerdo con esas premisas... Desde que fue elegido alcalde ha vivido entregado a su carrera, olvidando por completo a Sara. Incluso, en alguna ocasión, la ha humillado públicamente a causa de la apatía de ella hacia todo lo que fuera política

de partido.

—Ya veo.

—Observe que, a pesar de las circunstancias, no digo que Bellamy sea un granuja como otros que han ocupado su puesto anteriormente... solo que se ha convertido en un robot político y ha destrozado la vida de Sara —terminó con amargura.

—¿Usted también opina que fue asesinada?

—Casi estoy seguro. Y, para usted, no debe ser difícil comprender los motivos.

Tenía toda la razón del mundo, pero no me hizo ningún bien que me lo recordara.

—Creo que estamos llegando demasiado lejos —dije, a pesar de todo—. Las circunstancias son muy distintas. Mi esposa fue muerta para urdir un sucio complot con que desacreditarme y apartarme de la vida pública. Lo consiguieron, no hay duda. No obstante, la muerte de Sara en ningún caso puede amenazar la carrera de Bellamy.

—Creo que quiere tirarme de la lengua, Kiley —rezongó Barton de mal talante—. Usted comprende a la perfección el tinglado montado en torno a las elecciones, los centenares de miles de dólares puestos en juego... Si Sara hubiese seguido viva todo esto se hubiera hundido y Bellamy...

—Acabado —reconocí—. La oposición le habría puesto en ridículo valiéndose del abandono de su mujer. Pero eso nos llevaría a creer que fue él quien la mató.

—O los dirigentes del partido, con o sin su consentimiento.

—Me parece monstruoso... demasiado traído por los pelos, Barton.

—¡Condenación! Sara está muerta, ¿no es así? Además... ¿por qué demonios cree usted que permanezco en la calle, escondido en un coche?

—Porque tiene miedo.

—Seguro que tengo miedo. Cualquiera lo tendría si le hubiesen soltado una ráfaga de balazos disparados con silenciador...

—¿Cuándo sucedió eso?

—Anoche, cuando llegué a mi apartamento. Me esperaban agazapados en la oscuridad... afortunadamente pude arrojarme al suelo a tiempo y no me dieron. Pero desde entonces que ando de un lado a otro como un perro vagabundo... Y ahora me entero del rapto de Verenice. ¿Opina que todo eso es ajeno a la muerte de Sara?

—Ahora ya no. Pero solo hay un medio de que la policía intervenga en el crimen, y es exhumando el cadáver, cosa que es inútil intentar. El fiscal jamás autorizará la exhumación. Eso llegaría a oídos de los periodistas, de la oposición... y por el momento no les conviene.

—A pesar de todo, no pienso dejar sin venganza la muerte de Sara... aunque me cueste el pellejo.

—Es más sensato tomarlo con calma, muchacho —le aconsejé.

Me miró con evidente reproche.

—¿Y es usted quien dice eso? Usted —prosiguió—, que lo abandonó todo para perseguir a los criminales que asesinaron a su esposa... Usted —repitió—, que acabó con ellos a tiros, sin permitirles un instante de respiro desde el día que cometieron su crimen. No lo comprendo.

—Eso precisamente me impulsa a hablar así —dije—. Me dejé cegar por el odio. Y es cierto que lo abandoné todo... carrera, porvenir... Cuando acorralé a los dos asesinos no pude controlar mis impulsos. Además, ellos dispararon primero, de manera que no pude hacer otra cosa que devolverles el fuego. Después de haberlos matado reconocí mi error. Con ellos se fue mi esperanza de averiguar quién los había contratado, quién había pagado por el asesinato de Mildred...

—Comprendo lo que quiere decir. Pero corrió el rumor de que eran asesinos forasteros... ni siquiera vivían en el Estado.

—Vinieron del norte. Todo el mundo estaba enterado que conocíamos a los pistoleros locales... la mayoría de ellos a sueldo de Luzerny. Hubiera sido demasiado arriesgado utilizar a los de aquí. Pero con todo esto nos estamos desviando de la verdadera cuestión, que es encontrar a Verenice.

—Confieso que estoy descorazonado... no se me ocurre la menor idea para buscarla. ¿Cree usted que estará viva?

—No lo sé, pero opino que sí. Si hubiesen querido matarla podían haberlo hecho en la carretera, en lugar de llevársela. O quizá pensaron que podrían hacerla desaparecer de manera que pasara mucho tiempo antes que nadie la echase de menos. No sé...

—Mire, es inútil darle más vueltas —dijo resueltamente—. Sara fue asesinada porque ponía en peligro el triunfo de Bellamy, y con él, el de su partido en las elecciones para gobernador. Bien, si no estamos equivocados, los mismos que tramaron su muerte han organizado ahora el rapto de Verenice. ¿Está usted de acuerdo con eso?

—Por completo. Siga, muchacho; hasta ahora razona muy bien.

—Todo lo que deseo es ajustar las cuentas a esos hijos de perra que...

Se interrumpió, dominado por la emoción del recuerdo de Sara. Era una emoción que yo podía comprender perfectamente.

—Damos por sentado que quienes han tramado esas salvajadas son los dirigentes del partido de Bellamy —dije—. ¿Está dispuesto a colaborar conmigo para rescatar a Verenice, suponiendo que esté con vida? Debo confesarle que mis fuerzas están a la última pregunta y su ayuda será inapreciable.

—¡Claro que le ayudaré! Estoy anhelando hacer algo... y usted es el motor que necesitaba para ponerme en movimiento. Le confieso que en esta clase de situaciones me falta iniciativa...

—Okey, saque el coche de aquí y lléveme a un hotel de tercera o cuarta

categoría, de esos que no hacen muchas preguntas. Usted y yo pasaremos la noche en él porque imagino que nuestros apartamentos, a partir de ahora, serán un lugar excesivamente peligroso.

Obedeció y durante la carrera seguimos cambiando impresiones respecto a la tarea que nos habíamos asignado.

Encontramos un hotel de mala muerte. Barton dejó el coche a cierta distancia del tugurio para no llamar la atención con el rutilante “Cadillac” y nos inscribimos con nombres supuestos. Si había algún pistolero dedicado a cazarnos le costaría un poco localizarnos allí.

Antes de separarnos para entrar cada uno en su habitación, mi compañero dijo:

—Solo le pido una cosa, Kiley; si descubrimos quién asesinó a Sara déjemelo para mí. ¿Conforme?

Me encogí de hombros.

—Desde este momento, la pieza es suya, muchacho.

Lo malo era que todavía faltaba cazarla.

CAPÍTULO IX

Durante todo el día siguiente no vi a Bart Barton, dedicado a seguir los pasos del tipo que le había tocado en suerte.

A última hora de la tarde me encaminé a la Jefatura de policía, en cuya parte posterior, en un ala del edificio que se alargaba como un añadido pegado a última hora, estaban las oficinas del fiscal.

Harry Jenks no pareció alegrarse de verme, y menos cuando advirtió las muestras de bienvenida de algunos viejos empleados que ya habían trabajado bajo mis órdenes en otros tiempos.

Cerró la puerta de su despacho y masculló:

—Ya sé que está impaciente y todo eso, Kiley, pero hasta ahora no hay ninguna noticia.

—Ya lo imaginaba. ¿Cómo han logrado que con todo ese despliegue de fuerzas policíacas los periódicos no metan las narices en el asunto?

—Están enterados, pero han prometido guardar silencio por tratarse de un rapto. Saben lo peligroso que es para la víctima el levantar una campaña de Prensa.

—Ya veo. Siguen creyendo, o fingiendo creer que la desaparición de Verenice es un secuestro para exigir un rescate...

—No empiece con sus historias, Kiley. Ya han pedido rescate, si eso ha de tranquilizarle.

El estupor me dejó paralizado.

—¿Qué demonios de patraña es esta? —balbuceé.

—Bellamy recibió una llamada telefónica diciéndole escuetamente que preparase doscientos cincuenta mil dólares en efectivo. Billetes pequeños, viejos y sin marcar. Le advirtieron que Verenice moriría si el asunto se hacía público o si daba cuenta a la policía de esa llamada. Después colgaron, tras decirle que le mandarían nuevas instrucciones. ¿Disipa eso sus absurdas teorías?

—No.

—Bueno, como quiera. Por mi parte, me han echado del caso. Mañana por la mañana llegarán los federales para tomar las riendas de la investigación.

Di unos pasos de un lado a otro del despacho, furioso. No me cupo la menor duda que todo aquello no era más que una cortina de humo para mantener a todo el mundo lejos de los secuestradores.

Y, sin querérmelo confesar a mí mismo, llegué a la conclusión de que Verenice debía haber muerto ya. Jamás encontraríamos ni su cadáver porque aquella gentuza eran profesionales del crimen...

—De manera —comenté al fin—, que Bellamy se dispone a pagar y darán el asunto por liquidado, ¿eh?

—¿Qué otra cosa podemos hacer, a menos que los raptos cometan un error y podamos echarles el guante?

—Muy cómodo. Y muy conveniente para algunos personajes. Afortunadamente, Jenks, yo no estoy encuadrado en ninguna nómina oficial... ni privada. Si se detiene a pensar un poco en este caso, tiene una rara similitud con el asesinato y demás patrañas que organizaron hace dos años...

—Comprendo que esté usted obsesionado con la muerte de su esposa, Kiley, pero de eso a...

—Espere —le atajé—. Supóngase que Sara Bellamy estuviese a punto de desencadenar un escándalo que habría dado al traste con la carrera política del alcalde. Todo el tinglado montado por el partido, los centenares de miles de dólares gastados en fabricar un gobernador a medida de sus ambiciones se habrían derrumbado... ¿cree que eso hubiera sido motivo suficiente para un asesinato?

—Kiley... ¿por qué no deja de emborracharse de una vez?

—Me equivoqué con usted, Jenks —mascullé—. Si yo volviera a ocupar el cargo alguna vez le sacaría de aquí a puntapiés.

Enseñó sus dientes regulares en una sonrisa irónica.

—Afortunadamente —dijo—, no existe ni la más remota probabilidad de que vuelva a ocuparlo nunca.

Abandoné su despacho, furioso y desconcertado entre unas cosas y otras.

Acudí a la cita con Barton en una taberna poco frecuentada. Estaba cansado y me pareció que su confianza en el éxito de nuestro empeño había disminuido sensiblemente.

—Ni Rain Yager ni Ted Murphy han salido de la ciudad en todo el día. Tampoco se han puesto en contacto con desconocidos... ¿Qué me dice de su objetivo, Kiley?

—Poco más o menos lo mismo. Marvin Brett ha sostenido numerosas entrevistas, pero todas con personajes políticos del partido. Están dando los últimos toques a la fase final de la campaña electoral. Lo he dejado

cenaron con su mujer en un restaurante.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo. Si son ellos, o alguno de los tres, los organizadores del rapto no serán tan tontos de ponerse en contacto con los que hicieron la faena...

—Hemos de confiar en que cometan un error, Barton.

Cenamos y aproveché para darle cuenta de la llamada a Bellamy pidiéndole un cuarto de millón como rescate.

Y añadí:

—Lo más seguro es que esa llamada sea un intento de mantener quieta a la Prensa y a la policía. Si todo el mundo cree que Verence vive, y que hay una posibilidad de rescatarla con vida, dejarán en paz a los raptos... o sea, a los organizadores hasta que hayan desarrollado sus planes por completo.

—Verdaderamente, ¿cree usted que está muerta?

—Mucho me temo que sí —pronuncié con voz ronca.

No quise detenerme a pensar en el profundo dolor que me producía semejante idea. Primero Mildred... y precisamente cuando había tropezado con una muchacha que, después de dos años, había conseguido poner algo de ternura donde no la había habido, me la arrebataban también brutalmente.

—Barton.

—¿Sí?

—Déjeme su pistola.

—Hombre, Kiley, ¿qué se propone?

—Voy a ver a alguien un tanto rudo. Me sentiré más tranquilo si tengo ese cañón a mano.

—¿A quién quiere ver?

—A Mort Lucerny.

—¡Usted está loco, Kiley! —exclamó—. Ese escorpión es implacable... aunque ahora se mantenga en un segundo plano.

—No importa. Nos conocimos en mis tiempos de fiscal y creo que se acordará de mí.

—Caray, eso precisamente es lo que me preocupa...

—La pistola, muchacho.

Me la pasó por debajo de la mesa. Noté un estremecimiento al sentir el arma en la mano. Su contacto me produjo una sensación de vitalidad ya olvidada.

Al marcharme le recomendé:

—Antes de ir al hotel, Barton, eché una última ojeada a sus dos piezas. Quiero asegurarme que se retiran a sus casas sin novedad.

—Estaré esperándole, Kiley.

Lucerny había sido uno de los *gangsters* más implacables de los viejos tiempos, duro como el diamante tan peligroso que las grandes

organizaciones criminales del país habían acabado por dejarle en paz, cansadas de estrellarse contra una barrera de plomo cada vez que intentaron cortarle el camino.

Con los años, dejó a un lado sus brutales métodos y acabó estableciéndose definitivamente en la ciudad. Montó una cadena de cabarets y algún que otro negocio menos claro y se dedicó a vivir como un potentado. Con él se trajo a algunos de los pistoleros que le habían secundado a lo largo del tiempo y, en la actualidad, o por lo menos en la temporada en que ocupé la fiscalía, se mantuvo estrictamente apartado de toda violencia.

Tal como yo había supuesto, me recordaba perfectamente. Observé que había engordado, pero su rostro de águila tenía la misma helada expresión de costumbre.

—Siéntese, Kiley —volviéndose al guardaespaldas que me había acompañado hasta su despacho del *Blue Moon* le espetó—. Lárgate, Joe.

Cuando se hubo cerrado la puerta sonrió de oreja a oreja.

—¿Cómo le va, Kiley? Palabra que me he acordado de usted con frecuencia.

—Me alegro, Lucerny. Cuando le vi por última vez me dio palabra de mantener limpia la nariz. ¿Recuerda?

—Seguro, aunque han pasado dos años poco más o menos. Y, a pesar de que usted ya no ocupa “el sillón de los sustos”, he cumplido mi promesa. Mis negocios van bien... ¿para qué buscarse quebraderos de cabeza?

—Eso digo, ¿por qué, Lucerny?

Achicó los ojos.

—¿Qué le duele, Kiley? Si hay algo que quiera decirme suéltelo sin rodeos.

—Cada cosa a su tiempo. Imagino que no ha olvidado lo que sucedió hace dos años... cuando renunció a mí cargo.

—Fue lamentable. Miré, en mis tiempos los organicé de todos modos los calibres, usted comprende, Kiley. Pero jamás se me ocurrió una canallada como aquella.

—Solo lo he mencionado porque en aquella época fueron pistoleros de fuera los que actuaron.

—Lo sé. Usted consiguió acorralarlos porque recibió una confidencia por teléfono...

—¿Cómo demonios lo sabe usted?

Sonrió sin entusiasmo.

—Fue la primera y única vez que me convertí en un soplón —dijo sencillamente—. Pero yo había conocido a su esposa, Kiley... era una gran chica. No puedo olvidar que cada vez que usted y ella iban a cenar a cualquiera de mis locales a ella le faltaba tiempo para saludarme, a pesar

de que sabía la clase de pájaro que había sido.

—¡Lucerny! —exclamé, atónito.

Él se encogió de hombros.

—No importa. ¿Qué iba a decirme?

—Ahora creo que he perdido el tiempo al venir aquí. Eso demuestra que he perdido facultades en esos años...

—No importa; dígame qué le preocupa.

—Quería asegurarme de que, en esta ocasión, no habían sido sus hombres los que habían hecho el trabajo.

Respingó, sus ojos chispearon y se inclinó hacia adelante por encima de la mesa.

—¿Qué suponía usted que habían hecho?

—Raptar a una muchacha y dejarme medio muerto.

—Absurdo, Kiley. Jamás daría semejante orden a mis muchachos contra usted.

—¿Ni presionado por los cabecillas políticos?

—No dependo de ninguno de ellos. En realidad, me libré de esa clase de sanguijuelas cuando cambié de... bueno, de actividades. Si mis hombres llevan a cabo un trabajo es por mí exclusiva cuenta.

—Ya veo.

—Bueno, todavía no me ha dicho qué le sucedió.

—Alguien secuestró a una chica que estaba conmigo. Temo que la hayan asesinado... y si es así voy a revolver el país entero para dar con los hijos de perra que hicieron el trabajo.

Insistió en que le contara el asunto y lo hice de arriba abajo, manifestándole también el supuesto fondo político que se agitaba tras los hechos.

—No tengo ni idea de quienes pudieron hacer el trabajo —gruñó después de escucharme—. Lo que sí puedo asegurarle es que no hay ninguna organización en la ciudad con hombres capaces de un asalto serpenteante... Forasteros sin duda alguna.

—Bien, Lucerny —dije, aspirando hondo—. ¿Por qué no me echa una mano?

—Hombre, el oficio de soplón no se ha hecho para mí. En aquella ocasión...

—Es el mismo caso por lo que a mí respecta.

—Pero no para mí. ¿Dónde supone que pueden hacer llevado a esa chica, Kiley?

—No tengo la menor idea.

—¿Cree que pueden haber salido del Estado?

—Francamente, no.

—Deben estar todavía por los alrededores. Si tienen contactos influyentes, bien situados y que les garanticen inmunidad no tienen nada

que temer, especialmente si han matado a la muchacha y hecho desaparecer el cuerpo.

—Eso no me sirve de nada. Ya había pensado en ello.

—Bueno... si yo llevase la batuta de ese rapto buscaría una casa lo bastante aislada para estar seguro que nadie se acercase sin ser visto, pero lo bastante respetable para no infundir sospechas. Presumo que sus dardos se dirigen a los cabecillas de la política local, ¿me equivoco?

—No.

—Ajá. Eso reduce su campo de acción. Busque a uno de esos sucios granujas que posea una gran casa fuera de la ciudad, posiblemente con un buen jardín en el que sea fácil montar instalaciones de alarma, y le apuesto doble contra sencillo que da usted con el tipo que busca.

—Esa descripción encaja como un guante con la residencia del alcalde Bellamy, pero estoy casi seguro que Verenice no está allí... Además, hay otros factores que me inclinan a descartarlo.

—Bueno, yo le he facilitado una idea. Hay otros cabecillas aparte del alcalde, y con dinero suficiente para poseer una residencia como la que he descrito.

—Sí, tal vez sea cierto...

—Búsquela, Kiley, pero tenga cuidado. No tiene ninguna autoridad para guardarle las espaldas actualmente.

—Lo sé.

Reconocí que la idea de Lucerny no era descabellada ni mucho menos y estuve unos minutos en silencio, dándole vueltas.

—Creo que voy a hacerle caso —murmuró finalmente.

Sonrió.

—Si necesita una pequeña ayuda para librar a la chica... llámeme. Hace demasiado tiempo que mis muchachos están inactivos.

—Lo recordaré.

Me despedí de él sintiéndome casi avergonzado por haber ido allí con la pistola en el bolsillo.

No regresé al hotelucho todavía, sino que busqué una guía de teléfono y anoté las direcciones de Ralph Yager, el gran jefe del partido, de Ted Murphy y Marvin Brett.

Dos horas después descubrí que, de los tres, el único con una residencia como la mencionada por el ex pistolero era Yager.

La propiedad se extendía al pie de un suave promontorio cubierto de bosque. El promontorio se elevaba en leve declive y terminaba en una prolongada planicie que había sido convertida en pista de aterrizaje. Junto a los árboles, en la parte superior del declive, un enorme depósito metálico brillaba pálidamente con la luz de la luna, encaramado sobre largos soportes de hormigón.

Había un hangar cerrado. Era fama que Yager poseía una avioneta

particular de dos motores para sus desplazamientos de un punto a otro del Estado, tanto por sus negocios como por las campañas de su partido.

Retrocedí, acercándome a la alta verja de hierro que rodeaba el jardín. Resultaba imposible encaramarse por ella sin llamar la atención de cualquiera que mirara por una ventana. Por otra parte, supuse que si había timbres de alarma debían estar instalados en el jardín.

Cuando estuve seguro de haber captado todos los detalles de aquella fortaleza aislada, regresé a la cercana carretera y en el mismo taxi que me había llevado volví a la ciudad.

Pensé que era demasiado tarde para despertar a Barton, de manera que decidí hablar con él a la mañana siguiente. No obstante, el conserje me llamó tan pronto me vio entrar y con voz aburrida me dijo que mi amigo había estado llamándome por teléfono insistentemente.

—¿Cuánto tiempo hace que ha telefoneado? —pregunté, interesado.

—No hace apenas cinco minutos.

—¿Y parecía tratarse de algo urgente?

—A juzgar por su insistencia en hablar con usted, sí, señor.

—Está bien, estaré en mi habitación. Si llama otra vez comuníqueme con él.

Tardó menos de diez minutos en dar señales de vida. Tan pronto oí su voz a través del auricular supe que se trataba de algo importante.

—No puedo explicarle por teléfono —dijo—. Temo que puedan descubrirme. Venga a reunirse conmigo, ¿quiere? Creo que he descubierto algo importante.

—Está bien, ¿desde dónde me llama?

—Estoy en una cabina pública, en la carretera “101”, junto al cruce con la carretera de Fortshite.

—Sé dónde está ese cruce...

—Perfecto. Reúnase conmigo aquí. Yo estaré por los alrededores y le veré llegar. Si no hay nadie por las cercanías le aguardaré en la cabina, ¿comprendido?

—Salgo ahora mismo —prometí.

Colgué el auricular y volví a la calle, entusiasmado ante la idea de que el muchacho hubiera descubierto algo realmente interesante.

Después de todo, tal vez fuera posible salvar a Verenice...

CAPÍTULO X

Desde lejos, distinguí la débil luz de la cabina pública instalada a un lado de la carretera, en el centro de una curva en U destinada a desvío y estacionamiento de los automovilistas que quisieran utilizar el teléfono.

Disminuí la velocidad. Escruté la oscuridad que quedaba más allá de la luz de los faros, pero no pude ver el menor rastro de persona alguna.

Recordé que Barton había dicho que aguardaría por los alrededores, pero que si no había nadie lo haría en la cabina...

Bien, tan pronto desvié el auto para sacarlo de la carretera, a un lado de la cabina telefónica, pude ver a través de los cristales que no había nadie en ella.

Eso podía significar que existía algún peligro por las cercanías, desde el momento que el muchacho no se dejaba ver.

Antes de abandonar el coche encendí un cigarrillo, solo para darle tiempo a percatarse de mi presencia. Con el mismo fin dejé las luces encendidas casi un minuto y luego las apagué. Una pesada oscuridad cayó a mí alrededor, tan intensa que daba la sensación de envolver toda la tierra. Sentí una extraña opresión en el estómago. No me gustó aquel completo silencio, ni la oscuridad, solo rota en un pequeño círculo alrededor de la instalación del teléfono.

Finalmente, abrí la portezuela y salí del auto. Esperó que Barton apareciese antes de moverme. Forzosamente debía haber advertido ya mi llegada. O sabía que había algún enemigo agazapado en alguna parte y él se mantenía oculto también, o por una razón muy poderosa había decidido no esperarme, quizá para dedicarse a seguir la pista que había descubierto, o las huellas de un sospechoso...

Repentinamente, dentro del inmenso silencio creí escuchar un leve chasquido, aunque no pude localizar su procedencia. Mis nervios dieron un tirón. Sentí tentaciones de llamar a Bart Barton a gritos para terminar tío una vez con la incertidumbre.

Aplasté el cigarrillo bajo el zapato y me aparté del coche, titubeando porque no tenía la menor idea de la dirección por dónde aparecería el muchacho. Poco a poco, la inquietud iba apoderándose de mí con una viva sensación de irrealidad, aumentada por el sólido silencio de aquel paraje.

Sabía que a poca distancia estaba el cruce de carreteras, pero no podía distinguirlo desde allí. La “101” estaba desierta y el mundo entero parecía vacío de vida. Mis nervios sobreexcitados parecieron captar un hálito siniestro envuelto en la negrura y la quietud.

Me dije que estaba portándome como un pusilánime. Después de todo, llevaba una automática en el bolsillo y podía utilizarla en un caso de apuro. A fin de cuentas, los fantasmas pasaron a la historia muchos años atrás. Si existía alguna amenaza en los alrededores sería definida y corpórea...

Decidí acercarme más a la cabina para que su luz me pusiera al descubierto, si es que Bart no me había visto todavía por cualquier razón, así que fui a colocarme dentro del pálido círculo de claridad y allí me detuve, mirando a mí alrededor con la atención agudizada.

Creí percibir otra vez un rumor entre los árboles que había más allá de donde había estacionado el coche, pero pudo haber sido producido por cualquier animal nocturno. Después escuché un chasquido con toda claridad. Tal vez un conejo, o una rata.

Entonces se levantó una ligera brisa y las copas de los árboles entonaron un suave susurro casi musical, pero que no consiguió desvanecer la sensación oprimente de la atmósfera.

Retrocedí los pasos que me separaban de la cabina y me apoyé de espaldas a ella. Encendí otro cigarrillo, impaciente. No comprendía la razón por la cual Bart no aparecía, o, por lo menos, daba alguna señal de su presencia si es que algo le obligaba a permanecer oculto.

Aspiré el humo y lo expulsé con furia. Estaba dejándome dominar por los nervios. Decidí moverme, aunque solo fuera andando alrededor de la iluminada cabina. El permanecer quieto era todavía más enervante.

Giré sobre los talones. Sin interés especial alguno, lancé un vistazo al interior de la cabina. El aparato telefónico estaba colgado. Una pequeña repisa de madera adosada bajo él sostenía un grueso volumen y en el suelo había un bulto oscuro. Me llamó la atención y abrí la puerta.

Pegué un brinco, apartándome, cuando aquel bulto pareció desenroscarse. Parte de él se derrumbó en medio de la entrada.

Fue una impresión violenta que duró lo que un chispazo. Luego comprendí que se trataba del cuerpo de un hombre y me acerqué a él, con el corazón latiéndome como el pistón de una caldera a presión.

El rostro del cadáver parecía mirar al oscuro cielo con unos ojos inmensamente abiertos. Comprendí la razón por la cual Bart Barton no había salido a mi encuentro.

Estuve unos instantes contemplando al pobre muchacho, pensando que quizá si hubiese tenido la pistola consigo todavía estaría vivo.

Luego me dije que no; no era hombre para andar a tiros. Las cosas hubieran sido exactamente las mismas aunque hubiese estado armado.

Tuve que moverlo para descubrir las heridas en su espalda. Rechiné los dientes ante los dos orificios que perforaban su chaqueta, rodeados de sangre. Lo habían asesinado traidoramente, por la espalda.

—Está bien, Bart —mascullé entre dientes, sin darme apenas cuenta de que hablaba en voz alta—. Alguien tendrá que pagar por esto. Pagar en la misma moneda...

Entonces, en alguna parte, una voz lenta y fría como un témpano Inquirió:

—¡Kiley! ¿Es usted?

Reaccioné impulsado por una especie de reflejo que me impulsó a saltar en pie. Instantáneamente, un arma retumbó y el cristal, a una pulgada de mi cabeza, voló en pedazos.

Eché a correr apartándome de la luz. Hubo otro disparo y la bala pasó tan cerca que creí captar el violento desplazamiento del aire. Eso hizo que corriera ron más velocidad hacia donde había dejado el coche.

Pero no quería huir. Sabía que el asesino del muchacho estaba agazapado en la oscuridad, decidido a repetir su hazaña conmigo. No huiría de él porque todos mis sentidos me empujaban a matarlo.

Envuelto en la oscuridad, con la automática en la mano, dejé de correr y, protegido por la masa del coche, fui retrocediendo despacio en busca de los primeros árboles de aquel lado. Cuando me encontré de— tras de los troncos consideré que mi posición era ya tan buena como la del criminal.

Este había cometido un error al querer asegurarse de mi identidad. Yo me ocuparía de que no pudiera cometer más errores jamás.

Escuché con ansiedad, pero solo el susurro del viento entre el follaje rompía el tenso silencio de la noche. Era como un sollozo que se deslizara por las copas de los árboles, poniéndome los nervios de punta.

Pisando con infinito cuidado, me desplazé de un tronco a otro, rodeando la especie de plazoleta que formaba el claro dónde estaban mi coche y la cabina telefónica.

No había avanzado mucho cuando el viento cese otra vez. En el mismo instante escuché una ramita quebrarse bajo unos pies, a mí derecha. Agucé el oído, pero solo capté silencio. No pude calcular la distancia a que había sonado el chasquido.

Me deslicé en aquella dirección, agazapado y tratando de taladrar la oscuridad, pero ni un gato hubiera distinguido más allá de un par de yardas.

Una vez más, me inmovilicé con la esperanza de que el individuo delatase su presencia. Miré atrás, para fijar mi posición en relación con la

cabina telefónica. Iba luz de esta dejaba recortarse la silueta del coche.

Calculé la dirección desde donde me habían disparado la primera vez, relacionándola con el chasquido último y casi pude trazar un diagrama mental de la dirección que seguía el asesino. Parecía como si viniera a mí encuentro, implacable como la misma muerte.

Entonces comprendí que a donde realmente debía dirigirse era hacia el coche. También llegué a la conclusión de que el asesino debía pensar que yo estaba en el vehículo, esperándole, de manera que lo lógico era que, aun adoptando precauciones, no concentrara todas sus facultades en la tarea hasta llegar a las inmediaciones del coche.

Así que decidí esperarle. Lentamente, me dejé caer de rodillas sobre la hierba, detrás de un tronco.

Como si el individuo quisiera darme la razón, tronchó otra ramita en su recorrido, mucho más cerca que la anterior. Instantes después pude captar el casi imperceptible rumor de sus pasos cautelosos.

Levanté la automática, casi rechinando los dientes al pensar en Bar! Barton, muerto en la cabina, desangrándose. Y en Verenice, tal vez muerta también a aquellas horas...

Delante de mí, una silueta oscura pareció desprenderse de un tronco para fundirse en otro. Bien, ya sabía dónde estaba el bastardo criminal.

Dirigí el cañón de la pistola en aquella dirección y esperé pacientemente. Con estupor, descubrí que me había abandonado por completo el nerviosismo y que podía controlar todas mis reacciones. Estaba tranquilo y alerta.

Pasaron unos segundos más sin que nada se moviera. Pero al fin, la forma oscura del hombre despegóse de su tronco protector y dio dos pasos en busca de otro, más cercano. Jamás llegó a él.

Disparé casi sin apuntar, seguro de que no fallaría de cualquier manera que disparase.

La negra silueta dio un salto atrás. En medio del eco del disparo se elevó un alarido de muerte. Luego, el asesino cayó y poco a poco mis oídos volvieron a captar el silencio.

No dudó que estaba muerto. Ni siquiera perdí el tiempo pensando en una posible añagaza. Dentro de mí estaba el convencimiento de que había acabado con el matador de Bart Barton.

Y así era: Lo comprobé al inclinarme sobre el desmadejado cuerpo y tras darle la vuelta para dejarlo de cara a las copas de los árboles. No obstante, hasta que encendí el mechero no pude descubrir la fea herida en su pecho, demostrándome que una fuerza oculta y justiciera había guiado mi disparo llevando la bala directamente al podrido corazón de aquel hombre.

Salvajemente, pensé que me hubiera gustado abandonarlo en medio del bosque para que sirviera de alimento a las alimañas. Sería el fin más

acorde con su condición de carroña...

Procedí a registrarle rápidamente los bolsillos. Solo encontré unos pocos dólares, unas monedas sueltas, un paquete de cigarrillos y un estuche de cerillas. En un llavero de cuero había una llave corriente, de puerta.

Lo dejé todo donde lo encontrara y me incorporé. Anduve despacio hacia donde estaba el cadáver del muchacho. Aunque era un pobre consuelo, me dije que por lo menos había podido vengarle.

Solo entonces se me ocurrió preguntarme dónde estarían los coches de los dos hombres. Pensarlo y ponerme a buscarlos fue todo uno, pero tardé casi media hora en descubrir el de Barton, fuera de la carretera, oculto entre los árboles al otro lado del cruce de Forshite.

Abrí la portezuela delantera y examiné su interior. Pronto me convencí de que no había pista alguna. Nada que delatara lo que Bart había querido decirme...

Reanudé la búsqueda. Diez minutos más tarde encontré otro auto, éste ya metido en el desvío, a poca distancia también del cruce, pero casi invisible debido a que estaba materialmente cubierto por los grandes matorrales de aquel paraje.

El examen de este fue más fructífero. Según su patente, pertenecía al prominente ciudadano míster Yager...

Me invadió una sensación de triunfo que durante unos minutos me impidió razonar con claridad. Después, ese entusiasmo se apagó al darme cuenta que aquello, legalmente, no me servía de nada.

El coche podía haber sido robado, aunque yo sabía que no era así. Pero mi opinión, frente al cacique político, valdría menos que un centavo de plomo...

Nadie en la tierra podría demostrar que aquel era el coche utilizado por el asesino de Barton...

Aunque, para mí, maldito si me importaba. Para entonces ya no necesitaba prueba alguna. Si la justicia fallaba, la mía sería implacable...

Lentamente, regresé al teléfono para llamar a la policía. No quería que el cuerpo de Bart permaneciera más allí tirado. Después de telefonear. Yo había comenzado a cumplir mi parte y estaba firmemente resuelto a llegar al final... a cualquier precio.

CAPÍTULO XI

Poco antes del mediodía volví a la Jefatura, pero esta vez fue a Sam Webber a quién visité. Lo encontré desbordante de actividad y tan pronto me vio esbozó una mueca que quería ser una sonrisa.

—Llegas a tiempo —me espetó—. Estaba a punto de mandar una patrulla a buscarte por toda la ciudad.

—¿Por qué?

—Tenemos aquí a una pareja de federales. Quieren interrogarte. Además, tengo noticias.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿De Verence?

—Seguro. ¿Creías que tratabas con un principiante? Te dije que pedirían rescate y...

—¡Oh, eso! —le atajé—. Jenks me lo dijo ayer.

—Aguarda. Han llamado de nuevo esta mañana. Teníamos intervenido el teléfono, de manera que hemos escuchado toda la conversación sostenida por Bellamy y el secuestrador.

—¿Has oído la voz de Verence, Sam?

Arrugó el entrecejo.

—Hombre, no, pero no cabe duda que está viva.

—Bueno, cuéntame.

—No hay mucho que contar, pero lo más importante es que Bellamy les ha dicho que no pensaba pagar un centavo sin una garantía de que la muchacha estaba viva y bien. Entonces le han ofrecido hacerla hablar por teléfono, pero el alcalde no es ningún tonto y ha rehusado, pretextando que no estaba seguro de reconocer la voz, con lo cual podrían engañarlo fácilmente. Ha exigido que le mandasen una carta escrita de puño y letra de ella, a fin de comprobar la escritura comparándola con otras muestras. Si resulta conforme ha dicho que pagará y seguirá las instrucciones al pie de la letra. ¿Qué te parece?

—Una pérdida de tiempo. No conseguirán nada... y Verenice morirá, suponiendo que esté viva. ¿Qué opinan los federales?

—Apenas he hablado con ellos, pero están dispuestos a esperar para apurar las últimas posibilidades de salvar a la muchacha.

—Ya veo. Supongo que de todo lo demás que te revelé no has querido acordarte, ¿eh, Sam?

—No empieces otra vez. Escúchame y trata de colocarte en mi lugar. No dudo de tu buena fe, ni de que ella te dijera algo semejante a eso, pero debes reconocer que no existe toase alguna para iniciar una investigación... y menos tratándose de Bellamy. No tenemos derecho a echar por tierra el trabajo que ha costado tanto realizar.

—¿Te refieres a las elecciones?

—Me refiero a Bellamy. Es el hombre que necesitamos, Jeff, lo creas o no. Nunca había conocido a un político tan íntegro como él... tiene espíritu de cruzado, te lo digo yo, y he conocido políticos de todas las pelambreras.

—Está bien, es inútil discutir, Sam. Vamos a ver a los federales... y acabemos de una vez.

Se levantó y rodeó la mesa. Me palmeó la espalda como en los viejos tiempos.

—Después de todo, Jeff —comentó—, ese desgraciado asunto habrá servido para que olvides la bebida. He perdido la cuenta del tiempo que hace que no te veía sobrio...

—Espera que esto termine —refunfuñé.

Los dos agentes del Gobierno eran de mediana edad, fuertes, pero sin nada que los destacara de los demás mortales. Celebramos la reunión en el despacho del alcalde y allí me sometieron a un exhaustivo interrogatorio. Desde luego, sabían lo que llevaban entre manos, pero incluso con su experiencia acabaron por reconocer que nada de cuanto les acababa de revelar servía para mucho.

El alcalde Bellamy dijo:

—Voy a reunir el dinero y podrán marcarlo ustedes, si me garantizan que las señales no serán descubiertas, naturalmente. No quiero arriesgar la seguridad de Verenice por nada del mundo.

Le miré dubitativamente. Me pareció mucho más humano que la vez anterior que hablé con él, pero entonces recordé lo que me había contado el desgraciado Barton y creí ver el hombre mediocre que había bajo la máscara.

Antes de dar por terminada la reunión, el alcalde aprovechó un instante que estábamos apartados de los demás y murmuró:

—Estuve pensando mucho en lo que me dijo usted, Kiley.

—¿Y qué?

—He hablado con el doctor Wagner. Él ha disipado mis dudas, si es que

tenía alguna. Está absolutamente seguro que Sara murió de muerte natural. Oclusión coronaria es su diagnóstico, y desafía a cualquier otro médico a demostrar lo contrario. ¿Está satisfecho ahora?

—No.

—Pero, Kiley...

—Quedaría satisfecho y convencido si alguien autorizase la exhumación del cadáver para practicarle la autopsia, alcalde.

Apretó las mandíbulas y su rostro adquirió un color rojo subido. Pero no replicó, sino que apartóse de mí como si acabase de insultarle.

Sam dijo, desde la puerta:

—¿Te quedas, Jeff?

—No, ya me iba...

Abandoné el despacho más convencido que nunca de que estábamos perdiendo un tiempo lastimoso. Decidí que debía hacer un último intento con Sam antes de mandarlo todo al diablo y lanzarme a una aventura que podía ser, además de fatal, inútil.

—Vamos a tu despacho —propuse—. Hay algo más que debes saber.

Intrigado, aguardó hasta que se hubo cerrado la puerta. Entonces le conté mi encuentro con Bart Barton, aunque no le mencioné el nombre todavía. Antes le dije machaconamente:

—Métete en la sesera que ese muchacho se dedicó a seguir los pasos de Raph Yager y de Ted Murphy. ¿Comprendido?

—Otro loco de tu especie —rezongó.

—Hay algo más todavía, amigo —proseguí suavemente—. El chico iba a largarse de aquí en compañía de Sara Bellamy. Esta estaba resuelta a solicitar el divorcio inmediatamente.

—¿Qué demonios...?

—¿Sigues opinando que no hay nada sospechoso en su muerte?

—¡Oh, al diablo! Ese tipo de que me hablas te apuesto a que está cagado por los sucios bastardos de la oposición, los testaferros de Farbe y compañía para difamar a Bellamy. Y tú te has tragado sus historias.

—Seguro, Sam. Alguien más se las ha tragado y por eso le ha cerrado la boca... definitivamente.

—¿Qué?

—Ese muchacho, polizonte, se llamaba Bart Barton. Y ahora ríete si puedes. Está en el depósito de cadáveres con dos balazos en la espalda.

Se quedó sin habla. Poco a poco rodeó su mesa y fue a sentarse en el sillón. Yo me dejé caer en una silla.

—Bueno —le acucí—. Di algo, Sam... ¿Todavía no ves una relación entre todos estos hechos? Recuerda que vigilaba a los dos hombres más importantes del partido...

—Si pretendes decirme que alguno de ellos dos le ha matado, Jeff, es que estás loco de atar, el alcohol, te ha derretido el cerebro.

—No necesitan hacer esos trabajos personalmente.

—¿Y si descubrió por casualidad una pista del paradero de Verenice? Los secuestradores no se andan por las ramas... lo demostraron cuando te dejaron tirado en la carretera, muchacho.

Me levanté pesadamente.

—Está bien, Sam, sigue con tu trabajo de rutina. ¿Sabes qué pienso, amigo?

—Dímelo —resopló, furioso.

—Que hasta cierto punto merecemos que Bellamy salga elegido para Gobernador, solo para que una pandilla de politicastros sin moral y sin escrúpulos manejen el Estado a su antojo. Han creado un ídolo de pies de barro, pero lo han hecho con tanta habilidad que hasta el mismo ídolo ha llegado a creerse que es un semidiós. Ya nos veremos, Sam.

Salí y cerró la puerta antes que pudiera replicar.

CAPÍTULO XII

Agazapado junto a la sólida verja de hierro dejé transcurrir el tiempo en espera de que apagasen las luces de la casa. Gracias a esta impaciente espera descubrí que, de vez en cuando, dos hombres salían por una puerta invisible para mí, situada en la fachada trasera, y daban una vuelta por el jardín pausadamente, como si se dedicaran a dar un inofensivo paseo.

Pero nunca lo daban juntos. Cada uno de ellos hacía su recorrido por un sendero distinto, perdiéndose entre la vegetación y no reapareciendo hasta que minutos más tarde, se reunían de nuevo para entrar en la casa.

La noche era muy oscura, pero incluso así había demasiada luz de luna para mis propósitos. Instintivamente, de vez en cuando mi mano rozaba el bulto de la potente automática que guardaba en el bolsillo.

Pasó más de una hora. Las luces seguían encendidas y mi impaciencia y nerviosismo iba en aumento. Eran más de las doce de la noche y no había trazas de que, quienes fueran que estaban en las estancias iluminadas, se dispusieran a acostarse.

Entumecido, me levanté y anduve a lo largo de la verja silenciosamente, reconociendo el terreno. Entonces pude ver la puerta por la que los dos vigilantes abandonaban la casa para efectuar sus rondas.

Estaba abierta y eso me hizo detener mis pasos. No me parecía posible tamaño descuido en una gente que adoptaban tantas precauciones para evitar la presencia de intrusos. Mientras estaba pensando en eso, los dos hombres aparecieron, uno de ellos cerró la puerta con llave y se apartaron de la casa con su paso cansino.

Me deslicé a un lado en busca de la sombra de un gran árbol que crecía junto a la cerca. Inadvertidamente, pisé una rama y al romperse produjo un chasquido seco y sonoro.

Al instante, los pasos del guardián aceleraron su ritmo y el tipo corrió hacia donde había sonado el ruido. Antes de llegar a la verja gritó secamente:

—¿Quién anda ahí?

Casi a rastras, cambié de posición. Pude distinguir el cañón del revólver que empuñaba cuando sobre él chispeó la luz de la luna. Su compañero llegó a la carrera y sus propios pasos me sirvieron para ahogar todo posible rumor que yo pudiera producir, al alejarme protegido por la sombra del garaje adosado a la parte interior del cercado, una construcción capaz para cinco o seis coches.

Cuando me consideré lo bastante apartado de ellos eché a correr también, agachado, en busca de la protección de los árboles que cubrían la ladera.

Pero pronto mis esperanzas se derrumbaron. Escuché el rechinar de la reja al abrirse y los guardianes se desparramaron por el terreno. Tuve la seguridad que eran más de dos.

Seguí retrocediendo por entre los árboles hasta detenerme al pie del enorme depósito metálico. Jadeando, me apoyé unos segundos en uno de los sólidos pilares de hormigón, maldiciéndome por mí estupidez que los había puesto en guardia, pero al mismo tiempo seguro de que estaba sobre la buena pista. Ninguna persona normal y decente, por muy jefe de partido que sea, mantiene semejante guardia armada en su posesión...

Tos pasos de mis perseguidores resonaron sobre la hojarasca que cubría el suelo, acercándose en un cerco implacable. Entonces se me ocurrió que, si era preciso jugarse la cabeza, lo haría desde una posición que me diera cierta ventaja, así es que me encaramé por el rugoso pilar, sintiendo que la piel de mis manos se desgarraba dolorosamente.

No obstante, llegué arriba, sobre una estrecha plataforma metálica que rodeaba el depósito. Contra lo que yo había creído, no era una reserva de agua, sino de gasolina a juzgar por el olor.

Recordé el avión particular del magnate, y sus numerosos coches. Eso explicaba la reserva de combustible almacenado.

Tumbado sobre la estrecha pasarela, distinguí las sombras que se movían entre los árboles. Calculé que por lo menos eran cuatro hombres los que me buscaban. Incluso llegué a distinguir los murmullos de sus voces cuando cambiaban informes negativos de la búsqueda.

Pasó un tiempo interminable, pero no parecían desistir todavía. En aquel instante se elevó un alarido espeluznante que semejó brotar del mismo infierno. Tuve la impresión de que toda la tierra quedaba silenciosa y muerta después del salvaje chillido.

Tan bruscamente como había empezado se extinguió, pero siguió repercutiendo en mis tímpanos con acentos de horror. No me cupo duda que había procedido de la casa cuyas luces parpadeaban entre los árboles.

Todavía estaba dudando si mis sentidos me habían jugado una mala pasada, cuando el horripilante aullido se repitió, aunque ahogado más pronto que antes. Fue un grito inspirado por un terror cervical, emitido por

la garganta de un ser humano que estuviera soportando un dolor más allá de toda resistencia imaginable.

En el tremendo silencio que cayó después escuche los pasos precipitados de mis perseguidores, todos en dirección a la casa. Uno de ellos gruñó al pasar por debajo del depósito:

—¡Esos imbéciles...! ¿Por qué no la amordazan?

Casi salté fuera de la pasarela al comprender la verdad. Hasta aquel momento, no había estado seguro de la identidad de aquella voz. Era tan infrahumana que igual podía pertenecer a un hombre como a una mujer, pero el comentario furioso del pistolero ya no me dejó lugar a dudas.

Era Verenice quien había gritado... Verenice, a quién debían torturar por alguna maldita razón que no pude comprender.

Pasé una pierna por encima de la barandilla metálica, acuciado por una tremenda impaciencia. Colgado sobre el vacío, tanteé con una mano en busca de un agarradero desde el que llegar hasta uno de los pilares. Al fin, mis dedos se cerraron sobre un corto tubo rematado por una protuberancia. Lo recorrí con la mano. Reconocí el cierre de una válvula de descarga.

El corazón saltó dentro de mi pecho. Todo el furor loco que me dominaba dejó paso a un frío razonamiento. Yo era un hombre solo contra cinco o seis como mínimo, todos ellos armados. Y tenía que asaltar una casa vigilada... y si fracasaba Verenice pagaría las consecuencias.

Casi dejé escapar una carcajada, pero el brazo con el que me sostenía apenas si podía soportar un minuto más el peso muerto de mi cuerpo, así que me puse a trabajar con febril entusiasmo.

Ya creía que iba a tener que renunciar a mí improvisado plan cuando el cierre cedió al terminar de desenroscarlo. Instantáneamente, un fuerte chorro de gasolina brotó desplomándose sobre el suelo como una catarata.

Entonces me dejé deslizar por el pilar de cemento. Llegué abajo con las manos sangrando, pero ni siquiera advertí el dolor. La gasolina comenzaba a deslizarse ladera abajo, como un pequeño torrente que se abiera paso entre la hojarasca.

Corrí hasta la verja para reconocer el terreno y evitar que cualquier impedimento cortase el paso al combustible, desviándolo. Segundos después, el torrente, que para entonces había aumentado de volumen, pasó rozándome los pies y desapareció por debajo de la cerca de hierro.

Esperé conteniendo a duras penas mis nervios. El sordo rumor de la gasolina al desplomarse desde su altura fue música para mis oídos.

Finalmente, convencido de que ya nada desviaría el rumbo del líquido, me encaramé a la verja sin preocuparme para nada de los aparatos de alarma. Cuando llegué arriba las agudas puntas desgarraron mis ropas, pero sin perder tiempo me dejé caer al otro lado. El golpe estuvo a punto de dejarme inconsciente al repercutir violentamente en mi lacerada

cabeza.

Una vez dentro descubrí que el riachuelo, después de estrellarse contra la base de un arriate, desviaba su rumbo y se iba a lamer la pared del garaje. Decidí que ya había esperado demasiado.

Me aparté de la verja para buscar el lugar más cercano al garaje al que aplicar una cerilla. Entonces tropecé con un cable y caí de bruces. Había disparado uno de los sistemas de alarma, pero maldito si me preocupó.

La cerilla cayó sobre el charco. Hubo un sordo rugido y una potente llamarada se elevó pegándose a las paredes del garaje.

Eché a correr en busca de las sombras cuando ya resonaban voces por todas partes. Desde mi escondite distinguí la rauda lengua de fuego que serpenteaba entre los árboles, incendiando la hojarasca y propagando el incendio a los troncos resacos. Dentro de unos instantes, pensé, las llamas alcanzarán el depósito y se desencadenará el infierno.

Agachado, corrí hacia la entrada trasera que había descubierto antes. El resplandor de las llamas que estaban apoderándose del garaje alumbraba el jardín de manera fantasmal. Dos hombres salieron despavoridos y ni siquiera me vieron.

Entré en la casa con la automática en la mano. Calculé que no era probable que tuvieran a la muchacha en la planta baja. Siempre resulta más difícil escapar de un piso que de ras del suelo, así que localicé la escalera sin preocuparme de los gritos histéricos que resonaban como clarines. Todos el mundo daba órdenes y nadie las cumplía.

Encontré la escalera que subía al piso formando una grácil curva y me lancé por ella saltando los peldaños de dos en dos. En aquel preciso instante el depósito de gasolina estalló. Fue un estruendo de todos los demonios que hizo temblar la casa desde sus cimientos. La onda expansiva se llevó los cristales pulverizados de todas las ventanas.

Un gigantesco globo de fuego convirtió la noche en día. Su inmenso resplandor penetró por las destrozadas ventanas como si fuera fuego líquido. Algo pesado cayó sobre el techo y trozos de artesanado se desplomaron con estrépito. Comencé a asustarme porque todo parecía indicar que la casa iba a derrumbarse al compás de las llamas.

Conseguí llegar al final de la escalinata. Abajo, una voz chillona y autoritaria gritó:

—¡Imbéciles! ¡Saquen los coches del garaje... y los bidones de repuesto...!

Comencé a lanzarme sobre todas las puertas que encontraba a mí paso. Todas cedían al primer envite, mostrándome el desierto interior de habitaciones lujosamente amuebladas. Pero de Verence no aparecía ni rastro.

Repentinamente, hubo otra explosión, aunque más débil, pero que esparció llamas en todas direcciones según advertí por el resplandor que

llegó hasta mí. Simultáneamente, un trozo de techo se desprendió y cayó al pie de las escaleras entre una lluvia de chispas y materias incandescentes. Por el boquete que quedó las llamas comenzaron a lamer el interior.

Algún trozo de materia inflamada debía haber volado con la explosión, propagando el incendio al tedio...

Como un loco, seguí precipitándome contra las puertas. Al fin, una de ellas resistió mi envite sin abrirse. Probé el tirador frenéticamente, pero no se movió ni una pulgada.

Desesperado, apliqué el cañón de la pistola a la cerradura, apuntando hacia abajo, y disparé dos veces. Los estampidos casi quedaron ahogados por el rugir del incendio.

Entré a trompicones. Y allí estaba Verenice, amarrada a una cama de la que habían retirado el colchón. Una mordaza la cubría la mitad de la cara, pero sus ojos quedaron fijos en mí con fijeza terrible, desorbitados, desbordantes de pánico.

Estaba medio desnuda y la piel de su hermoso cuerpo aparecía surcada de finas líneas sangrientas de las que todavía brotaban gotas de sangre.

Tardé lo que me pareció una eternidad en librarla de las ligaduras. Confusamente, observé que sobre una mesa había una hoja de papel y una pluma.

Tan pronto vióse libre estalló en sollozos histéricos y gemidos de terror.

—¡Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo, nena! —la animé llevándola casi en volandas hacia la puerta—. Hay fuego por todas partes... la casa se derrumbará en cualquier instante. ¿No puedes sostenerte?

—¡Oh, Jeff... Dios santo... querían hacerme escribir una carta...!

—Ya me lo contarás más tarde —la atajé, frenético.

El pasillo estaba lleno de humo, pero en la escalera el aire que penetraba por todas las ventanas no lo dejaba estacionarse allí y la visibilidad era perfecta. Distinguí las llamas que ya se habían apoderado de parte de la planta baja. El boquete del techo era mucho mayor.

Entonces apareció un hombre como surgido del fuego y se lanzó escaleras arriba. Debía haber comprendido que sí, después del incendio, descubrían un cuerpo con señales de haber estado amarrado a una cama lo iban pasar muy mal.

Al verlo, Verenice rompió a chillar como una loca y sus gritos hicieron detenerse al pistolero como si hubiera tropezado en un muro. Nos miró incrédulamente, pero antes de que llevara su mano al sobaco disparé sin perder tiempo en dudar. El grueso proyectil lo empujó hacia atrás, dio un voltereta sobre sí mismo y voló hasta hundirse en el mar de llamas que empezaban a enroscarse en el pasamano de caoba.

Verenice continuó chillando de manera incontenible. La arrastré escaleras abajo, atravesamos las primeras llamas como empujados por todo

el terror de la muerte y corríamos como gamos en busca de la salida.

A pesar de la urgencia en huir de aquel infierno no pude menos de detenerme para contemplar un instante el espeluznante espectáculo. La parte trasera del jardín era un mar de llamas. El garaje desaparecía envuelto en fuego y toda la techumbre del edificio ardía y chisporroteaba sonoramente. Las paredes de aquella parte comenzaban a ser pasto del fuego también y por las ventanas emergían rojas lenguas oscilantes.

No pude ver a ninguno de los pistoleros, y ya me disponía a empujar a Verence cuando alguien pasó muy cerca de nosotros, corriendo y gritando como un demente.

Reconocí al gordo Yager. Desapareció dentro de la casa y eso me hizo comprender que debía ser importante lo que buscaba para arriesgarse de semejante manera.

Llevé a Verence junto a la verja delantera y volví corriendo sobre mis pasos. Busqué al potentado hasta que lo descubrí en la biblioteca, a la derecha de la entrada. También allí el fuego había penetrado y los cortinajes ardían, comunicando sus llamas a las estanterías abarrotadas de libros. Dentro de un minuto aquello sería un horno.

Yager había abierto una caja fuerte y estaba llenando una gruesa cartera con fajos de billetes, puñados de papeles y documentos de todas clases.

Con la pistola en la mano esperé a que terminase... y entonces se volvió y me descubrió.

—¡Usted! —aulló—. ¡Usted ha provocado ese cataclismo...!

—Por supuesto, Yager... servirá de propaganda para las elecciones, ¿no le parece?

—¡Hijo de perra, le voy a...!

Nunca terminó de decir lo que pensaba. Logró empuñar un pequeño revólver, pero mi bala le alcanzó mucho antes que pudiera utilizarlo y desplomóse igual que un fardo.

En dos saltos estuve a su lado y me apoderé de la pesada cartera. Entonces escuché su voz agónica.

—¡Kiley... no me abandone aquí...!

Giré sobre mis talones, rechinando los dientes. Tuve el tiempo justo de saltar hacia la puerta cuando parte del techo se desprendió entre una lluvia de fuego y el asesino desapareció de mí vista.

Encontré a Verence en el mismo lugar que la había dejado. La levanté y echamos a andar por la enorme puerta de la verja que estaba abierta de par en par. Las estridentes sirenas de los bomberos sonaban tan cerca que me obligaron a salir de la carretera. No me interesaba que nos vieran.

Y no nos vieron. Pasaron como rayos, un camión tras otro, escoltados por patrulleros. Y detrás, coches de la policía... del municipio.

Podrían organizar un buen homenaje póstumo para el preclaro jefe político... y yo pronunciaría el discurso de rigor con todas las verdades que me quemaban las entrañas.

Verenice me siguió durante un trecho. Después, dejándose caer murmuró:

—No puedo más, Jeff...

—Descansa un poco. Ahora estamos a salvo, amor. Todo ha pasado, ¿comprendes?

—Sí... querían obligarme a escribir...

Por lo visto eso se había convertido en su obsesión, aunque me sorprendía que se hubiera negado hasta la tortura a redactar la petición de dinero. Bellamy era un hombre acaudalado...

Pero entonces prosiguió:

—Querían que escribiera pidiendo doscientos mil dólares... y exigiendo que fueras tú quien los llevase al lugar convenido...

—¡Demonios, ya entiendo!

—Querían matarte... y a mí también... porque te había revelado la verdad de la muerte de Sara...

—Bien, ya no debes preocuparte. Hay agentes federales espiándote. Estarán encantados con tu historia. ¿Crees que puedes seguir?

—Ahora sí...

Comprendí la razón por la que se había negado a escribir, la razón por la que había resistido las torturas; para no atraerme a mí a la muerte.

Sentí algo inexplicable, una ternura infinita, y abrazándola suavemente la besé y ambos permanecimos fuera de este mundo todo el tiempo que duró el éxtasis.

Después, proseguimos el camino hacia la ciudad, seguros de que el principal culpable había pagado su deuda con la Ley. Los demás de menor categoría no tardarían en estar donde les pertenecía...

Y también Verenice y yo mismo tendríamos nuestra oportunidad...

FIN

PRESIDENTES DE LOS ESTADOS UNIDOS



Con grandeza e intensidad distintas, treinta y cinco estrellas brillan en el firmamento político de la gran nación americana. Cada una de ellas corresponde a uno de sus presidentes.

colección

MARABU ZAS



Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

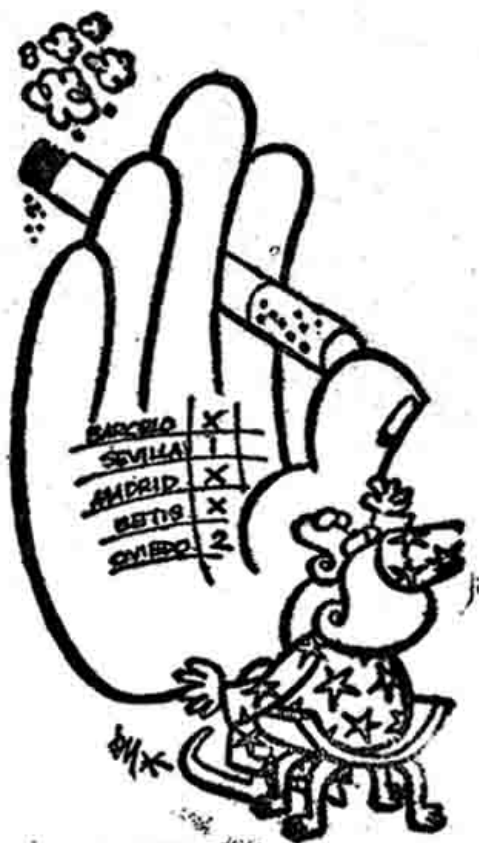
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772